



PREMIOS 2019

XXXIX CONCURSO NACIONAL
A LA CULTURA LABORAL

**Organización
Internacional
del Trabajo:
100 Años de
Diálogo Social**

100

ARTESANÍA
ESCULTURA
CORTOMETRAJE
FOTOGRAFÍA
PINTURA
CUENTO
DÉCIMA
POESÍA
PRENSA
ESCRITA

LIBRO MEMORIA



REPÚBLICA DE PANAMÁ
— GOBIERNO NACIONAL —

**MINISTERIO DE TRABAJO
Y DESARROLLO LABORAL**

Esta publicación cuenta con la colaboración del Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral, a través del Instituto Panameño de Estudios Laborales. El contenido de la misma es responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja, necesariamente, la postura del MITRADEL / IPEL.

Todos los derechos reservados

**IPEL
Premios 2019**

XXXIX Concurso Nacional a la Cultura Laboral

“Organización Internacional del Trabajo: 100 Años de Diálogo Social”

Géneros Literarios y Categorías

Prensa Escrita	Escultura	Artesanía
Corto Metraje	Décima	Cuento
Fotografía	Poesía	Pintura

Ministerio del Trabajo y Desarrollo Laboral

Doris Zapata Acevedo
ministra

Roger Alberto Tejada
vice-ministro

Winston I. Sánchez A.
secretario general

Instituto Panameño de Estudios Laborales

Román Gordón Randolph
director técnico

Jorge Elías Murillo
sub- director

Víctor Torres
jefe del Departamento de Investigación
Socio Laboral.

Reinaldo Cerrud
jefe del Departamento de Docencia.

Osiris Carvajal
jefa de la Dirección Administrativa.

ÍNDICE

Introducción.....	09
Ganadores de Artesanía.....	12
Ganadores de Cuento	18
Ganadores de Poesía.....	80
Ganadores de Décima.....	166
Ganadores de Escultura.....	172
Ganadores de Fotografía.....	178
Ganadores de Pintura.....	184
Ganadores de Cortometraje.....	190
Ganadores de Prensa Escrita.....	196
Jurados.....	202

Introducción

El Concurso Nacional Premios IPEL a la Cultura Laboral es un evento competitivo diseñado y organizado por el Instituto Panameño de Estudios Laborales (IPEL) del Ministerio de Trabajo Y Desarrollo Laboral; se realiza cada año con la participación de los trabajadores quienes motivados por su gran dedicación a las artes, presentan grandes obras literarias como visuales.

Nueve son las categorías que participan a saber: escultura, artesanía, fotografía, pintura, cuento, décima, poesía, corto metraje y prensa escrita. Este año 2019 hemos seleccionado el tema: “Organización Internacional del Trabajo: 100 años de Diálogo Social” que hace referencia al primer centenario de la fundación de este organismo internacional promotor de convenios internacionales y recomendaciones laborales.

Además como una gran coincidencia, nuestro Ministerio de Trabajo cumple este mismo año sus cincuenta años de existencia, motivo por el cual celebramos doblemente esta oportunidad de presentar las obras de arte producidas por los trabajadores.

Como dato importante, se distribuyen un total de 90,000.00 balboas en premios entre los ganadores de los tres primeros puestos por categorías, lo que contribuye al estímulo que merecidamente reciben los trabajadores premiados. El concurso igualmente cuenta con una destacada participación de jurados de gran prestigio quienes tienen la delicada responsabilidad de seleccionar las obras ganadoras.

Importante es la dedicación que por tantos años ha depositado el IPEL a la realización de estos concursos por lo que felicito a todo su personal que de forma coordinada hacen posible tan prestigioso evento. Felicitamos a todos los participantes por sus aportes, a los ganadores y a los jurados por su gran labor.

Doris Zapata Acevedo

ministra de Trabajo y Desarrollo Laboral

CATEGORÍA



ARTESANÍA

CATEGORÍA



CUENTO

CATEGORÍA



CORTOMETRAJE

CATEGORÍA



DÉCIMA

CATEGORÍA



ESCULTURA

CATEGORÍA



FOTOGRAFÍA

CATEGORÍA



PINTURA

CATEGORÍA



POESÍA

CATEGORÍA



PRENSA
ESCRITA



CATEGORÍA



ARTESANÍA

GANADORES



PRIMER LUGAR

ARTESANÍA

DAVID JOSÉ MENDEZ PUYOL

EL TRABAJADOR PANAMEÑO

Panamá Oeste



SEGUNDO LUGAR

ARTESANÍA

VÍCTOR MANUEL ÁLVAREZ FERNÁNDEZ

DIÁLOGO ENTRE EMPLEADORES, GOBIERNOS Y SINDICATOS
DAN SURGIMIENTO A LA OIT

Panamá Oeste



TERCER LUGAR

ARTESANÍA

GIMA OMARA GUTIERREZ VILLARREAL

PALABRAS CON PODER ASEGURANDO EL FUTURO

Los Santos

PRIMER LUGAR

EL TRABAJADOR PANAMEÑO



SEGUNDO LUGAR

DIÁLOGO ENTRE EMPLEADORES, GOBIERNOS Y SINDICATOS DAN SURGIMIENTO A LA OIT



TERCER LUGAR

PALABRAS CON PODER ASEGURANDO EL FUTURO



CATEGORÍA



ARTESANÍA



CATEGORÍA



CUENTO

GANADORES



PRIMER LUGAR

CUENTO

ALCIDÉS ONOFRE FUENTES SALDAÑA

LA DAMA TEJE UN SOL SOBRE EL ARADO

Chiriquí



SEGUNDO LUGAR

CUENTO

NELSON ERIC RIQUELME PEREIRA

Un día en la vida de Juancho Rodríguez y otros cuentos laborales

Panamá



TERCER LUGAR

CUENTO

EDUARDO JOSÉ GIL QUIRÓS

100 AÑOS DE RESISTENCIA

Panamá



TÍTULO DE LA OBRA: LA DAMA TEJE UN SOL SOBRE EL ARADO

Castelo

La dama teje un sol sobre el arado

A principios del Siglo XX, en las ciudades portuarias de la isla, la gente intentaba salir a flote en medio de la difícil situación económica de la posguerra. La New Port Road de la ciudad de Cardiff es una antigua vía romana escoltada por edificios grises, bodegas y caserones con chimeneas que dejan escapar el humo de la industria. Se parece a un gran mercado, topado con todo tipo y productos que se apilan a ambos lados de la acera. Caballos amarrados a los faroles y autos con motores ruidosos, se toman por momentos, la calle.

Para Margot Lloyd la venta informal de carbón significaba el sustento diario. Boletines informativos, folletos y revistas populares, también son parte de la mercadería que tiene en su local. A un costado del negocio de Margot se encuentra una galera, en donde funcionaba la antigua fábrica de cañones, transformada ahora en una imprenta artesanal. Periodistas, escritores y artistas, entran a laborar al local a diferentes horas del día.

Margot es casi transparente, alta, con facciones alargadas que se acentúan en el invierno. Porta un abrigo grueso, guantes y botas largas, para poder vender a la intemperie. Nada trastoca la belleza de sus rasgos y la feminidad que proyecta. La muchacha fue testigo de la guerra en los campos de batalla. Percibió la dantesca visión de los soldados apuñalando con las bayonetas a los escasos sobrevivientes, muchos de ellos conocidos. Fue un acontecimiento desgarrador. El grupo de enfermeras al que pertenecía, intentaba revivir los cuerpos destrozados y curar las heridas; la mayoría de las veces, en vano. El carácter dulce, que solía tener, nunca volvió.

La ciudad era un movimiento de gente que iba o volvía de Tiger Bay. Entre esa multitud, dominada por pescadores y mineros, un policía que hacía ronda por el sitio, se le acercó a Margot. Su uniforme no tenía rangos y llevaba como protección una pistola, casi artesanal, una cachiporra y un silbato. Con evidente muestra de desprecio (producto de alguna tendencia misógina oculta) le hace preguntas sobre el negocio, luego enciende un habano con actitud desafiante. La mujer, furiosa por el trato grosero del agente, apartando el humo de su cara, respondió casi a los gritos, en un inglés con acento escocés.

– ¿Usted tiene alguna autorización para cuestionarme? La pelirroja evadió las preguntas directas y le



insiste al oficial que apague su tabaco. Por supuesto, al hombre no le interesaba nada de lo que le decía la muchacha. No pretendía obedecerla. El malhumor de ambos iba en aumento.

Esa tarde, que ya casi se quedaba sin luz, la aglomeración de personas olorosas a wiski clandestino presenciaba la airada conversación. El punto culminante fue cuando el escupitajo del oficial atravesó el aire gélido. La mujer, con una muestra de asco hacia el gordo, le tumbó el cigarro de la mano, para ultimarle a taconazos contra los adoquines del suelo.

– ¡A mí no me engañas bruja! ¡Tú eres del grupo de los sediciosos! ¡Algo escondes, igual que estos sindicalistas!, ¡te salvas esta vez, pero ya nos veremos las caras nuevamente! –gritó el hombre, antes de alejarse del lugar rabiando, con su retahíla de improperios. Margot ignoró por completo sus palabras; solo lo miró difuminarse en la neblina y continuó metida en sus asuntos.

Después del incidente, muy cerca al local de Margot, fue tomando forma un mitin popular. Bernard Thompson, el director de la imprenta y Margot Lloyd, serían los encargados de conducirlo. A Margot le hervía la sangre, sentía las ganas de desahogar aquel mal trago en cada palabra de su discurso.

– ¡Que se enfrenten los reyes, los presidentes, o los magnates y no sacrifiquen a tanta juventud en esos negocios malditos! ¡El pueblo sabe que el poder económico inventa la guerra! –Con esas palabras, iniciaba el discurso de la tarde Margot. Con el convencimiento de quien vivió la catástrofe en primer plano.

Siguiendo los acontecimientos de cerca, Bernard Thompson admiraba la elocuencia de la mujer. Él era un ex marino que estilaba la barba recortada y coleta en su cabello negro. Promulgaba la igualdad de derechos para el pueblo. Ambos cautivaban a los trabajadores con sus temas de justicia social y derechos humanos. Eran los principales voceros de los gremios obreros de la ciudad. Cada día atraían más y más oyentes.

Terminado el mitin, Bernard y Margot, convocaban a la gente a la próxima manifestación, que contaría con la presencia de Daniel Legrand, el promotor de la libertad de acción obrera. Aquel comerciante idealista traía propuestas alentadoras; su intención era que las comunas surgieran de la crisis con sus propios medios. Proponía una organización de trabajadores sin precedentes.

Desde la entrada de la imprenta, se veía venir a un grupo de policías. El hombre con quien había discutido Margot estaba entre ellos, era el más obeso del grupo y parecía ser el de menor jerarquía. Intentaba dirigir la conversación con insistentes gestos; señalaba y vociferaba a la distancia, con evidentes muestras de enojo. Margot alcanzó a mirar de reojo a los policías, sin embargo, continuó ensimismada, escuchando el

bullicioso avance del pelotón. Apartándose de sus pensamientos, intervino con voz audible:

– ¡Nosotros!, ¡nosotros somos el pueblo y decidimos!, ¡somos los que elegimos a nuestros gobiernos! – sentenció con firmeza. Confundidos por la situación, y conscientes de que se acercaba la policía, algunos transeúntes evadían el área. Otros comerciantes clandestinos se replegaron para disimular la huida.

Los agentes policiales, que nunca desviaron la atención de Margot, se acercaron. El que parecía tener mayor jerarquía, un hombre de unos cincuenta años, alto, de bigotes rubios terminados en punta fina, se dirige a ella, argumentando inspecciones rutinarias por el lugar.

–*Lady*, necesitamos sus papeles y los permisos de su negocio. –Margot lo miró con desconfianza. Era común que alguien pasara cada mes a cobrarle los impuestos, o que algún funcionario corrupto se le acercara con quién sabe qué intención... Conocía como se manejaba la soldadesca, siempre envalentados tras las armas: groseros y agresivos en su mayoría.

Los policías no cesaban de mirar la New Port Road, con sus viejas casonas de madera a medio derrumbarse, ladrillos enmohecidos y paredes sin pintar. Aquel lugar daba la impresión de ser un escondite perfecto, pero..., ¿para quién o para quiénes?, ¿escondese de quién? Entre las filas de los gremios había muchos proscritos, no por la ley, sino por el sistema autoritario. A ningún gobierno le gustaba que criticaran el majeo de la cosa pública, mucho menos que existiera un brazo mediático como lo era la imprenta. Margot alzó la mirada hacia el edificio que alojaba la imprenta, y respondió con frialdad:

– ¿Acaso estoy robando? ¡No estoy robando! Necesito trabajar, necesito comer...

–Estamos trabajando también. ¡Queremos ver sus permisos, saber quién es y a qué se dedica! No puede estar aquí de manera ilegal. –respondió el capitán. El odioso agente, con quien había discutido un poco antes, se mete entre ambos repentinamente.

– ¡Algo esconde esta gente Señor! Constantemente van y vienen de allá. –comentó en voz baja al oído del jefe, señalando la puerta de la imprenta con la cachiporra–. Deberíamos pedirles papeles a todos allá adentro, saber quiénes son. –El capitán asintió con la cabeza, dando golpecitos con los dedos sobre su revolver.–Hagamos una inspección en la imprenta. –ordenó el capitán a sus hombres. El gordo con su risa sarcástica, masculló entre dientes con la mirada puesta en Margot: *Gwenwyfar*.

La mujer, mucho más inquieta, levantó la cabeza de golpe y, mirando las fumarolas del edificio, empezó a vocear a todo pulmón:



– ¡Fuego!, ¡fuego!, ¡fuego! Era la palabra que necesitaban los obreros para iniciar la rebelión. La astucia de la mujer superaba a la de los policías, incluyendo al jefe. El plan que se había estado gestando, tomaba lugar.

Un griterío se desató frente a la puerta de la imprenta pidiendo auxilio. El local se transformó en un gran alboroto. La gente trataba de escapar por los costados del edificio con papeles y cajas en las manos. Se podía sentir como la angustia llenaba el callejón. El desasosiego se trasladó a los policías que contemplaban entumecidos. El humo olía a carbón, a tinta y a papel quemado.

Los transeúntes replicaban los gritos horrorizados de los trabajadores de la imprenta. El crepitar del fuego se esparció rápidamente, dejando entrever las llamas por los cristales de las ventanas. Un resplandor rojizo se propagó por el edificio ante la mirada inmutable de Margot. Carretas y caballos tropezaban en un confuso traqueteo de herraduras. Los mismos automóviles, que usualmente dan un aire de modernismo a la ciudad, no eran más que torpes máquinas sobre las piedras mojadas.

La policía empezó a sonar sus silbatos, llamando refuerzos. De la imprenta salían tantas personas, que la policía tuvo que abrirse paso a empujones y porrazos, trepando sobre ellos.

– ¡Fuego! ¡Fuego! –Una maraña de voces retumbaba en el callejón y, en los apartamentos colindantes, la gente se asomaba a los balcones. Juntaban las manos, intentando oraciones desesperadas. Cada vez se escuchaban más gritos provenientes de la galera.

El desordenado grupo de policías trataba en vano de encontrar el origen del caos. Bernard Thompson y sus hombres, cubrían sus rostros con pañuelos, mientras llevaban libros, bultos y máquinas lejos del fuego. Los lugareños colaboraron para frenar el siniestro, pero las llamas emergían sin control. Después de los disparos de advertencia, el tumulto huyó en todas las direcciones posibles. Margot coordinaba el trasiego de los documentos lejos del lugar.

El fuego se extendió abrasando postes y vigas de madera. Cuando la policía logró organizar la ayuda, Margot ya se había alejado con el grupo de hombres que cargaban las cajas. La mujer echó un vistazo al fuego por última vez con la misma frialdad con la que había mirado el desastre de la guerra. La New Port Road se dibujaba en sus ojos: rojiza, ardiente, amenazada, pero en pie, igual que su espíritu.

Oscureció y frente a la entrada de la imprenta ya no había visibilidad; era peligroso tratar de sofocar el incendio. Dos horas después de iniciadas las llamas, llegaron tres destartadas cisternas –mitad carreta

y mitad auto— a tratar de aplacar el fuego. Todo fue inútil. Lo que antes funcionaba como una imprenta clandestina, ahora estaba transformado en los restos de maquinarias, cenizas y carbón. La galera ardió durante ocho días.

Sindicalistas y obreros aprovecharon la confusión para sublevarse en las calles cercanas, exigiendo la atención de los poderosos. Marchas y barricadas se abrieron paso por la ciudad durante dos semanas. La población, en su mayoría proletaria, se unió a la huelga. Margot entendió perfectamente la oportunidad, era el momento indicado para que se escucharan la voz del pueblo. Las huelgas llevaron a propiciar un diálogo entre los sectores obreros y el Concejo de Cardiff.

En los campos cercanos, un viejo tren se detuvo; era como si su piel de hierro, pintada de rojo y negro, percibiera el fogaje de los incendios en la ciudad. La máquina era un animal asustado que se negaba a entrar a la Estación Cardiff Queen Street. Como si su coraza férrea quisiera proteger a Daniel Legrand. El empresario despertó asustado con el chirrido de los frenos del tren diecinueve setenta y tres, dejando caer un grueso folio de papeles que traía en su regazo. La portada del documento tenía escrito en caracteres góticos: OIT - Proyecto. Para Margot Lloyd.

La reunión con Daniel Legrand tendría que esperar hasta que retornara la calma. Cuando dieron las noticias en el vagón de pasajeros, los ojos azules de Daniel Legrand miraron a través de la ventana sin ningún atisbo de preocupación. Los voceros de los gremios invitaban a todos a sumarse a la huelga. Reiteradamente mencionaban que una mujer llamada Margot Lloyd y el director de la imprenta, Bernard Thompson, estaban al frente de la multitud. Una masa cada vez más numerosa de gente (se contaban por miles) desgarraba el aire con sus consignas.

No eran reclamos de amargura, ni de odio. Los obreros, con sus brazos en alto, solo demandaban justicia social. El humo oscuro, proveniente de las calles tomadas, se veía serpentear a la distancia. La mirada de todos se perdía en dirección a la New Port Road.

En esa calle modesta, donde la dura faena gasta a la gente, se lograron organizar los trabajadores y trascendieron las fronteras. Margot, Bernard y un grupo de trabajadores salían hacia el *Senedd*. Era la reunión definitiva con el Primer Ministro. Sonreían con optimismo al ver a tantas personas unidas. Se miraban unos a otros; sabían que empezaba a tejerse el futuro ese mismo día.



Luego de que murieran aplastados los tres pescadores en el muelle ocho, Luis volvía a su casa totalmente abatido. Había sido testigo del momento en que se rompió la grúa, el desequilibrio del armazón hizo que el embate de los hierros partiera el barco en dos. Las heridas mortales acabaron con los marineros. Cuando rescataron los cuerpos, algunos eran una masa deforme de vísceras y huesos. A Luis lo llamaron a declarar; el proceso fue bastante simple: dar sus generales, jurar que decía la verdad y repetir lo mismo una y otra vez hasta que ya no lo necesitaran más. Posteriormente supo que el caso fue cerrado, la naviera salió indultada, los operarios libres y la aseguradora eximida de los pagos a los familiares. Los titulares de los diarios no hablaron de la tragedia humana, solo decían: “ACCIDENTE EN EL MUELLE OCHO”.

El día después del suceso, Luis fue al velatorio de sus amigos. Un grupo de gente vestida aún con la misma ropa de trabajo, rezaba alrededor de las tres cajas de madera rústica. El ambiente lúgubre del sitio se acentuaba por la ausencia de luz eléctrica. Las tablas de la casa dejaban entrar la brisa salada del mar y el piso de tierra aún estaba caliente. Los pocos asistentes se acomodaron como pudieron en la pieza. No hubo flores; el único olor era el de las redes enrolladas al azar y el de los pescadores tristes. Con una colecta los amigos lograron pagar el funeral. El padre de los muertos, barbado y muy débil para enfrentarse a la tragedia, lloraba. Sabía que seguía él en la lista de la muerte, ya no había nadie en la casa; de su esposa solo quedaba una foto amarillenta en los tablones. La viuda del mayor, una muchacha morena y bonita, enmudecida por las lágrimas, no cesaba de agradecer a todos con la mirada. Al entierro de los hombres casi no fue nadie, porque los patronos les descontarían el día de trabajo; solo ocho de sus amigos, incluyendo a Luis, tomaron el riesgo. El padre y la viuda fueron los únicos familiares, en la pequeña procesión que caminó hacia la tumba. El oscuro agujero se abrió patético, dispuesto a recibir las tres cajas en el suelo arenoso del cementerio. Diecisiete años tenía Luis cuando murieron sus compañeros en el muelle.

Luis Matoral fue el nombre que anotó en las inscripciones de la Sociedad de Trabajadores de Valparaíso. Con sus ingresos de pescador estudió leyes en la Universidad del lugar. Cuando terminó la carrera, “El abogado de los pescadores”, como se hizo llamar, solicitó reabrir el caso de sus amigos muertos en el muelle. Las pruebas que presentó fueron suficiente evidencia y ganó la apelación. Cinco años antes, sus amigos eran dejados a su suerte en una fosa común. La firmeza de sus argumentos y el conocimiento del tema le

granjearon buena reputación dentro del derecho marítimo, pero también lo acercaron peligrosamente a sus más férreos enemigos: los empresarios sin escrúpulos; avaros y explotadores.

A Luis le gustaba ir al muelle a contemplar el movimiento de los barcos, le recordaba su antiguo trabajo de pescador. Era el mes de mayo y la tarde se refrescaba con el olor de la vegetación. Luis descansaba en la punta del muelle, cuando repentinamente fue abordado por tres extraños; pensando que se trataba de nuevos clientes, se incorporó dispuesto a atenderlos. Uno de ellos lo jaló con fuerza del hombro, el otro lo agarró por la espalda y el tercero lo golpeó en el abdomen. Sintió puñetazos en la cara, un golpe fortísimo en la nuca con algo metálico, garrotazos en las costillas y en las piernas, todo en un par de minutos que le parecieron horas de tormento. Lo lanzaron al agua esperando rematarlo cuando su cuerpo saliera a la superficie. Un malandro regordete, que reía de una forma desquiciada, esperaba a que Luis sacara la cabeza para darle el garrotazo. Luis se fue hundiendo hasta lo profundo del agua, cuando recuperó el sentido, todavía medio aturdido, apenas lograba ver el difuso resplandor de la luz arriba de las olas.

Su experiencia en el mar le permitió bucear tan lejos como pudo, se metió debajo de las tablas del muelle, y una vez en el légamo, sacó con dificultad la cabeza, con dolores agudos por doquier. Los hombres se cansaron de esperar a que saliera el cuerpo; el gordo de risa atolondrada, miraba de un lado a otro con el garrote en la mano, seguía insistente en su cacería. Los minutos pasaban y nada...

–Este ya no sale. –dijo el más fornido de los tres, con una voz entre mandona y latosa, sin apartar la vista del agua. Ya cansado de tanta espera, El Buitre decidió alejarse un poco y vigilar con precaución el muelle.

–Me parece que debemos esperar, no hemos visto el cuerpo. –respondió Damián, el de contextura mediana y larga melena, a quien le atravesaba una cicatriz en forma de arco desde el pómulo izquierdo hasta la nariz. Lo más seguro es que debiera varias muertes.

– ¡Creo que escuché algo...! –dijo nuevamente el pelilargo, quien era el único que portaba un arma de fuego. Hizo una serie de movimientos con las manos, ya perturbado se secó la cara, se rascó el mentón y la cicatriz. Se devolvió lentamente, luego se agachó escudriñando las olas. Empuñó el arma, pisando cada tablón con pericia.

– ¡Vámonos muchachos! –dijo El Buitre a sus compinches, obstinado por la complicada empresa–. Aún hay gente husmeando por aquí y el patrón no quiere testigos. Este ya saldrá flotando sin vida mañana. Le dimos bien duro a este mal nacido.



Los hombres se alejaron del lugar con paso firme y apresurado, haciendo ademanes que demostraban nerviosismo y rabia. Nunca vieron el cadáver que certificaba su trabajo; para ellos era un enredo al que no estaban acostumbrados. Metido en el fango, Luis respiraba hondo, los golpes le habían hecho mella en sus costillas y sentía que le faltaba el aire. El tabique nasal le dolía demasiado y sangraba profusamente por la boca. Se colgó débilmente de los pilares del oscuro muelle para sostenerse.

Amaneció y, a medida que los botes se hacían a la mar, el hombre retomaba poco a poco la confianza. Logró escurrirse con dificultad hasta la orilla, en ese momento ya cobraba vida el puerto. El aparente peligro se desvanecía con la llegada de los pescadores.

Luis no salió de su cuarto en toda la semana. Su casera le ayudó con las curaciones entre una andanada de preguntas, que, por supuesto, él evadió, aduciendo una riña de bar. La casera sabía que eran golpes de consideración, sin embargo, respetó su silencio. No bien se había repuesto de los golpes y los moretones, cuando recibe una llamada de la Oficina Central de la Sociedad de los Trabajadores de Valparaíso:

—Señor Matoral, queremos pedirle que esté dispuesto, si así lo desea, a representar a las Asociaciones Obreras en la reunión de la OIT que se efectuará en Santiago de Chile. Usted sabe..., es importante tener a alguien que eleve las peticiones de nuestros trabajadores y su experiencia nos aportaría mucho. ¿Quién más que usted señor Luis? Este año queremos enfocarnos en los problemas del sector pesquero. Sabemos que lleva un caso desde hace tiempo, y este guarda relación con los conflictos de nuestros camaradas. Además, consideramos también que es una oportunidad especial para elevar el caso a otras instancias legales internacionales.

El hombre, entre una sonrisa de triunfo y algunos ayes, respondió afirmativamente. Fue la última semana que la casera vio a Luis como inquilino. Su caso iba tomando rumbo; los sueños de aquel humilde pescador poco a poco se consolidaban. Finalmente, los eternos descontentos, tendrían una voz, la de Luis Matoral, el hijo de Inés Durbio y Sebastián Matoral.

El Buitre, Gordo y Damián, regresaron, semana tras semana, a buscarlo al muelle. Los malhechores investigaron el domicilio de su oficina y entraron por la noche a la fuerza, pero la encontraron vacía, como si alguien se les hubiera adelantado, o como si se hubieran equivocado de lugar. El Buitre resoplaba cuando estaba enfadado. Esa noche, de tanto resoplar, convulsionó y quedó contorsionándose en el piso del local. Allá lo dejaron sus colegas. Al día siguiente los otros dos matones se dirigieron al que solía ser el

apartamento de Luis. La casera intuyó que, la extraña visita de aquellos hombres, no era un buen augurio. Cuando se asomaron a preguntar por Luis negó totalmente cualquier información, sin abrir demasiado la puerta.

Volvieron al muelle donde empezó todo. El Gordo con su risa nerviosa incomodaba a los transeúntes. Damián cojeaba como consecuencia de una nueva herida. Su semblante lucía más cadavérico y ya no era tan ágil como antes. Revisaron cuidadosamente tablón por tablón con disimulo, para ver si encontraban algún esqueleto, o un cuerpo en descomposición, pero nada, ni una pista. La gente del muelle tampoco les daba detalles de él.

—Este ya no vive más. El trabajo que nos encargaron ya está hecho, desaparecido lo querían, desaparecido está. —dijo El Gordo. Miró al otro hombre, sugiriéndole con gestos que se alejaran del muelle. Damián, quien ahora hacía las veces de jefe, lo aprobó. Se rascó el mentón y comentó: —El Buitre diría que sí...

El día del juicio condenatorio, la sala tenía en su interior una variada gama de asistentes: gente humilde con sus ropas descoloridas y la piel quemada por el sol. Contaban anécdotas marineras con esa forma de hablar entrecortada y rápida de los porteños. Junto a ellos, los abogados con trajes elegantes y la palidez de aquel que vive a la sombra; con sus ademanes sobrios y pausados. Proceso a proceso se desarrollaba el juicio y los respectivos protocolos; la ciega justicia buscaba la luz.

—‘Me alegra que Luis se haya mudado de Valparaíso. El puerto solo le ofrecía desventura y peligro’. — Pensaba la mujer que fue su casera, mientras observaba a Luis. La mujer había sido traída como testigo y también para hacerle compañía al padre de los fallecidos. Los porteños seguían con la mirada al caballero de corte sencillo y barba recortada que sustentaba su teoría del caso. Era el Luis que pocos conocían, *El abogado de los pescadores*, viviendo su otra realidad, entre libros de leyes y pilas de papeles. De pronto, el juez se dispuso a dictar sentencia:

—¡Culpables! —dijo y golpeó con su mazo, mencionando en voz alta los nombres de cada uno de los operarios que descuidaron la grúa.

—¡Culpable! —reiteró, y dijo el nombre de la empresa encargada de resarcir los daños. El anciano padre lloraba de tristeza, cubriéndose el rostro. La pena era mayor que la emoción que daba el resultado de la sentencia.

—¡Culpable! —Finalmente, mencionó el nombre de la compañía aseguradora con firmeza. El presidente de



la aseguradora, que se sentaba entre los acusados, lo miró de reojo; y en su mente el siniestro pensamiento:

–‘Cómo fue que no te encontraron esos inútiles...’

La viuda se sentía satisfecha, pero triste. Luis lagrimaba de felicidad, se izaba triunfante abrazando a su equipo de trabajo. Se tomó el pecho y con la voz entrecortada dijo:

– ¡Yo estuve ahí! ¡Yo fui testigo! –Luis buscaba el abrazo de la viuda y del padre, entre la gente. Lo demás se contó en la historia como un triunfo de los pescadores.

El 12 de septiembre de 1973, en una banca del puerto de Valparaíso, Luis quiso recordar su vida después de tantos años. Sacó cada uno de los recortes de periódicos; aquellos papeles, ya amarillentos por el tiempo, daban fe de lo ocurrido en ese lugar muchos años antes. En las fotos del juicio se veía joven; sonreía más que nunca. La viuda y el padre de los muchachos también estaban felices. Decidió quedarse a vivir en la capital, elaborando documentos para el Convenio de Marina Mercante que se daría en 1976. También hay fotos de su discurso en la reunión de la OIT, donde se aprobaron algunas de sus propuestas.

Siempre vuelve cada año por los atardeceres junto al mar. Disfrutaba del mínimo instante en el que chocan suavemente los botes en el muelle. Sus colores reflejados en el agua, las banderas ondeando a su antojo... Le emociona el sol metiéndose lentamente en el horizonte. Las formas que dan las luces de los barcos en la distancia es un espectáculo que no quiere perderse. Cada sonido de las olas bajo sus pies y el olor a sal que se acumula en la brisa es lo que lo mantiene vivo. Siempre será pescador en su esencia.

Hoy ha pasado una señora que le dijo si sabía que habían matado a Víctor Jara. Recordó algunas de sus canciones y se durmió pensando en una: “Cuando voy al trabajo”.

RELOJES

Texto encontrado en el Monumento al Agua durante los trabajos de restauración hechos en 1986. Inaugurado el 8 de febrero de 1973. Restaurado en 1986,1995 y 2013.

Rosa se estaba pariendo. Mi tío Mariano, que en ese entonces era un niño, corrió tan rápido como pudo para darle la noticia a mi padre. Todos los trabajadores estaban empacando papas en la bodega de la finca. Para, Lucinio, el capataz, lo más importante era quedarle bien al patrón. Sin excusas para nadie. No dejó salir a mi padre. Mariano se devolvió solo para el rancho.

–Aquí hay que terminar el trabajo primero. No hay tiempo para los débiles, y al que no le guste, se puede ir cuando quiera. Pero que no vuelva. –dijo Lucinio, con ese tono monótono y grosero de algunos jefes.

Nadie le comentó a mi padre que la lluvia ya era tormenta. Dentro de la bodega no se oía la fuerza que tenía el aguacero afuera. Le pidió permiso a Lucinio para marcharse, dos, tres, cuatro veces, y el hombre, nada... Mi padre, molesto por la negativa del capataz, le increpó:

– ¿Sabe Lucinio? El tiempo de salida debe cambiar. ¡No es justo!, ¡nos matamos doce horas! Hoy estamos bajo el techo porque llueve, pero normalmente es en el campo, de sol a sol. –El capataz se echó a reír y lo miró como diciendo: ‘Este está loco’.

Rosa, que así se llamaba mi madre, tenía miedo a que el rancho se le cayera encima ese día. Parecía que se iba a derramar el mundo sobre las viejas pencas. Y mi padre que no llegaba. El piso del rancho ya era un charco. Entonces, ella decidió irse para el río antes de que anocheciera. Así, con fuertes dolores en las caderas. No había más tiempo. Solo podía esperar el tiempo que la criatura tomara en llegar.

–Hágame el favor... Mire que es mi Rosa la que se está pariendo; me ha dicho Mariano que es urgente. Este muchacho es muy nervioso y apenas para correr sirve, por eso no la puede ayudar. ¡Tengo que irme! Yo después le repongo el tiempo. –suplicaba mi padre. Él era fuerte y, en estos difíciles tiempos, aún más.





Normalmente, su voz era un trueno: poderosa y firme, como los que sacudían el cielo en ese momento. Para Lucinio, que lo miraba sin darle importancia, era apenas un ruego lastimero.

El agua del río empezaba a cambiar de color; por momentos marrón, por momentos rojiza. Se tornaba espesa y lodosa. Rosa ya estaba con las contracciones del parto; pujaba sin poder controlarlo. Su cuerpo se retorció de dolor. Mordía sus ropas entre gritos incontrolables. Quería que su hijo llegara, pero que también llegara mi padre. Y mi padre no llegaba.

–Señor Lucinio, se lo he dicho siempre: salgamos más temprano que en el rancho me esperan. Por cosas como éstas, necesitamos el tiempo. La mujer está sola... No quiero que le pase nada. Usted nunca nos escucha. No quiero que le pase nada a mi Rosa. –repetía los ruegos, una y otra vez. Era una letanía desesperada la de mi padre. Él hacía de vocero de todos los trabajadores y no era la primera vez que tocaban ese tema.

–Salgamos un poco antes, a las cuatro. El sábado le reponemos las horas, pero déjenos llegar de día a nuestras casas, que el aguacero es fuerte... Háblelo con el patrón, a lo mejor él lo entiende. –La respuesta de Lucinio siempre fue negativa y corta. Como si él fuera el dueño de la finca.

–Está loco... Es la misma cosa... Si sigue molestando lo van a echar de aquí. Ocúpese en el trabajo. ¡Eso es lo suyo! –respondió cortante, sin ganas de escuchar, y le dio la espalda.

–Préstenos ese tiempo entonces... –dijo mi padre, buscando su atención. Lucinio ni siquiera lo miró.

–Tiempo..., tiempo... Yo lo que quiero es llegar a mi casa. Ver la cara de mi mujer y de mi hijo, aún de día. ¡Mire que se me está pariendo! –suplicó nuevamente mi padre-. Lucinio no levantó la cabeza.

Rosa ya no podía contener más la criatura en sus entrañas y parió sola. Cortó como pudo el cordón umbilical. A duras penas, enjuagó al niño. Pero no tuvo más fuerza y el envoltorio de ropas, que había posado sobre los arbustos, cayó al agua con el niño adentro. Se desvaneció agotada.

– ¡Maldito tiempo! –gritaba mi padre, allá, en la galera de las papas. Algún día, Lucinio, algún día... Tampoco usted es eterno ni dueño del tiempo.

– ¡Algún día!, ¿qué...? –recriminó Lucinio, con cara de molesto. Mi padre no lo escuchaba, trataba de ver las nubes entre las rendijas de la bodega. Separaba las papas, las sacudía, y las empacaba con rabia. Miraba la lluvia entre las aberturas, una y otra vez. Ya no quedaba mucha luz del día.

–Maldito tiempo... –mascullaba, casi al borde del llanto. Pensaba en Rosa. Y la jornada de trabajo no se acababa...

El niño se fue con la corriente del río y, Rosa, la pobre mujer desmayada a la orilla. Amainó la fuerza del aguacero; mi padre se tranquilizó con el olor a tierra mojada. Salió del trabajo a las seis de la tarde, ni un minuto más ni uno menos. Aprovechó la bonanza y se fue corriendo al rancho, sorteando los caminos que ahora eran quebradas. No encontró a Rosa en el rancho; entonces, se fue al río. Allá estaba acostada en la hierba, con sangre en las ropas y en el cuerpo, pero no había ninguna criatura.

– ¡¿Qué sucedió Rosa?! ¿Dónde está la criatura? –preguntaba fuera de sí, arrodillado con la mujer en los brazos, arrancando la hierba con sus manos.

En el momento en que mi padre encontró a Rosa, Mariano, que los contemplaba de lejos, vio cómo Lucinio y su caballo bajaban arrastrados por la creciente del río. Ya era casi de noche, pero reconoció los gritos de Lucinio. El caballo logró salir sin su jinete por una orilla y el capataz se fue dando brazadas entre los troncos. El agua sucia se lo tragó de repente. Mariano no dijo nada a nadie. Le importaban su hermano y Rosa. Estaba triste, lo demás podía esperar.

Mi padre, con gestos de impotencia, tomó a Rosa y la cargó hasta el rancho. Se dispuso a cuidarla con esmero. Le acariciaba la cara con sus manos fuertes, olorosas a papas y a tierra. Caminaba el rancho en silencio, buscando todo lo que Rosa necesitara. Y así se quedó a su lado uno, dos, tres días... Sin tiempo. En el rancho, no se habló nunca más de ningún niño o niña.

Desde entonces, mi padre fue otro. Su andar se tornó más lento, como si no le importara el tiempo que tomaban las cosas en ocurrir. Como si la vida fuera una mujer que tejía diariamente el sol. Ese año se compró un reloj y lo dejó marcando las cuatro para siempre, fue la hora justa en la que parió Rosa. Pasó toda su vida proponiendo a los patronos ajustar el tiempo de trabajo. Esa fue su lucha. Decía que se nos iban los años sirviendo a otro y que nunca estábamos para nosotros, ni para los nuestros.

Más abajo en otro caserío, unos hombres tendían sogas de una orilla a otra para cruzar la corriente del río y entre los ramales que bajaban, uno de ellos notó mi llanto. Se lanzaron al agua. Salvar una vida merecía el peligroso intento. El más ágil dio algunas brazadas y alcanzó el bulto, que luego se pasaron de mano en mano hasta la orilla. Todos se miraban confundidos, pero alegres. Llevaba la cara sucia y al parecer tragué algo de agua, pero aún vivía. Allá me cuidaron como uno más de su grupo.



Cuando tuve veinte años me contaron mi historia. Me decían que nací del agua, del vientre del río. Ellos, a su manera, adoraban el agua. Desde ese entonces su veneración al agua fue más profunda. Decían que estaba atado al río; que aún no era mi tiempo. Me dispuse a buscar a mis padres. Así fue como llegué hasta el pueblo en donde estaba la tumba de Rosa. Es mi madre, pero me gusta llamarla Rosa, porque es nombre de flor.

Me dirigí al rancho donde vivía mi padre. Estaba viejo y había perdido la razón. El tío Mariano, que no era de hablar mucho, me dijo que mi padre se gastó la vida labrando el campo. Cada vez que se reunían los trabajadores, les hablaba del tiempo. Luego volvía a casa a mirar sus relojes, hasta que el tiempo lo dejó sin fuerzas. En el rancho, pude ver la colección de relojes viejos de mi padre: había uno por cada año de mi vida. Todos marcando las cuatro.

El tiempo me permitió cuidarlo hasta su muerte. Retomé sus pasos y su lucha. Hoy me darán la noticia. Es la primera vez que se incluye a los trabajadores indígenas en una convención sobre el trabajo. Si se aprueba la jornada laboral de ocho horas, daré las palabras de cierre y podré explicar que el tiempo es importante para todos: obreros, patronos, familia. Para todos... El tiempo... nuestro tiempo... Realmente, lo que gastamos día a día es nuestra vida.

Arnoldo Quichenell, Chile, 1936.

TRES RAZONES Y UNA PROFECÍA



Soy el tiempo, tomé los símbolos que estaban arriba de cada una de las puertas. Las tres celdas estaban marcadas con un signo, junté los signos y construí con ellos uno de los sueños más grandes de la humanidad. He visto todo, y todo es cierto; he oído todo y todo es cierto. Es la historia de las tres razones, mucho antes de que se supieran sus nombres:

Antes de unificarse, las tres razones habían pasado miles de años separadas. Tres carceleros las vigilaban y se apostaban infranqueables en cada una de las puertas de sus celdas. Separarlas era el peor de los castigos; ignorar que existían, era la manera más cruenta de enterrarlas en la desidia. Mientras estuviera cada cuál por su lado, jamás la humanidad conocería el sentido de la justicia.

Les hablaré de los tres guardias: Babel era el carcelero más nefasto, aguardaba como un perro rabioso afuera de la primera celda, sin dejar espacio a la concordia. No permitía que las voces sostuvieran ningún tipo de alianza. Exclusión tenía los ojos feroces, con sus pupilas impregnadas de egoísmo; era una llaga virulenta que se apostaba afuera de la segunda celda. En ese oscuro rincón apresaba la esencia de las naciones, desechaba sus idiomas, porque le asqueaban los diferentes colores de piel. Y Esclavitud, con sus garras y dientes afilados, hacía sucumbir todo intento de romper las cadenas. Implantaba la mansedumbre como una peste monárquica de la que muy pocos sobrevivían. Llevaba un látigo para golpear cada alma libre.

A la primera celda le marcaron una esfera sobre su entrada, a la otra una línea vertical y, finalmente, a la última, un símbolo como la sombra de un hombre con los brazos abiertos. Las tres razones estaban allí, sucumbiendo a la indolencia, casi muertas; cada una por su lado, desgastándose. Eran las razones con las que se salvarían los hombres y las mujeres de la apatía de vivir y morir sin fe. Un día del año diecinueve, poco después de empezar los veinte siglos, las razones levantaron la voz, cansadas de llorar a sus hijos muertos, de verlos esclavos y sin valor, refundaron la esencia humana y llamaron a cada país a la unión. Había pasado la gran guerra y las razones, en su cautiverio, no podían emancipar a la humanidad. Eran los motivos que esperaban desde hacía siglos para confiar en el futuro.

Entonces vino el primer gran golpe para liberar a las razones prisioneras. Sucedió que las naciones pactaron una gran liga. La organización cayó como un látigo sobre Babel, el primer carcelero sucumbió y la celda



de la esfera fue abierta. El mensaje se fue expandiendo rápidamente a todos los pueblos; los aliados se fueron sumando día tras día. Luego, la celda marcada con la línea vertical fue destrozada por un sinnúmero de ideas, la hazaña fue vitoreada por miles de voces en muchos idiomas, aplaudida por miles de manos con muchos colores de piel. Así fue abatido el segundo carcelero. Y finalmente llegó el trabajo, desatando todo el orgullo que guardaban los hombres y las mujeres en sus corazones. Las cadenas, que quedaban como un fatal recuerdo de la esclavitud, fueron rotas con valor. Por primera vez sería protegido todo aquel que trabajara con fe. Así la celda con el último de los símbolos, que parecía un hombre con los brazos abiertos, quedó vacía y los tres cancerberos heridos de muerte.

Las razones fueron liberadas y empezó la justicia a sentirse en el campo, en las fábricas, en las ciudades, en el aire y en el mar. La gente comenzó a vivir dignamente del fruto de su esfuerzo. Se deshizo toda sombra de esclavitud sobre la tierra y las tres razones fueron una sola. Las naciones se organizaron en igualdad de oportunidades y en la búsqueda del trabajo honesto; tal como se había prometido.

Las razones ahora son centenarias, han devuelto la fe en la humanidad a través de las décadas, dictando las leyes y haciéndolas cumplir. Dicen que, para los entes de su especie, nunca se pierde la fuerza, por el contrario, el rigor de mis caminos le forja más confianza. Aún conserva en sus tres símbolos, el impulso del primer día.

Ahora que han pasado cien años, estoy sentado en un país pequeño, y veo como la prosperidad alcanza estas tierras, aquí donde abundan los peces y emigran las mariposas. Pasaré en canoa, a caballo, o en camiones llenos de campesinos optimistas, junto al aroma que tienen los productos de la tierra. Los tres símbolos, que ahora son una sola idea, hablarán de convenios y firmarán el futuro de mujeres y de hombres. Celebraremos las tres razones centenarias y caminaremos con ellas.

Soy el tiempo y todo esto pasó porque así tenía que ser. La lucha nunca es en vano. Todo esto ha sucedido. Todo es cierto.

Índice

Tren diecinueve setenta y tres.....	3
Inter Alia.....	12
Relojes.....	20
Tres razones y una profecía.....	27



Un día en la vida de Juancho Rodríguez y otros cuentos laborales

Elmer07

2019

Indice

La Muerte del Detective	1
Cañaveral	4
Confusión	7
Otra vez tarde al trabajo	8
Un día en la vida de Juancho Rodríguez	13
La salsa de Lencho López	18
Las estadísticas de Josefa María	27
Las bodas de plata de Mago en la construcción	30



La Muerte del Detective

A Héctor De la Rosa

Aún cuando todos lo esperábamos, la muerte del detective nos dejó mudos y sorprendidos. Desde hacía varias semanas venía enfrentándose, no a los bandidos ni a los espías ni siquiera a la mafia, sino a un poderoso e ineludible enemigo. Ya no buscaba a mujeres perdidas o secuestradas, o a niños raptados por sus padres o por extraños. Tampoco se dedicaba a tomar fotos comprometedoras a maridos en pleno acto de infidelidad o a la salida de algún “push botton” u hotel de ocasión. Mucho menos empeñaba sus energías en el más reciente, pero a la vez más lucrativo, departamento de espionaje industrial. Sencillamente había estado luchando contra un enemigo común, contra la parca, la muerte - como se le llame, que se le instaló en las vísceras a través de un cáncer tenaz.

Lo que no nos sorprendió fue la lucha timplacable y sin cuartel que ofreció hasta el último momento. Se enfrentó de manera rotunda y estoica a un cáncer de próstata que lo fue consumiendo rápida e inmisericordemente. Un cáncer que lo expuso a horribles dolores, a horas, días y semanas de postración en una cama de hospital. Quienes lo vieron en ese estado recuerdan que nunca pronunció un lamento, que negó a todos hasta el más insignificante quejido, convencido, desde siempre, que los quejosos se iban al infierno.

Parecía haberse empeñado en un nuevo caso, su caso. Y este consistía en dedicar todas sus energías, su paciencia y su perseverancia a vencer el dolor hasta el final. Esa era su costumbre. Terminar el caso y resolver el enigma, liberar al inocente, atrapar al culpable, obtener la información, siempre llegar al final. Sólo que esta vez, al final, no salvó el pellejo como en las otras ocasiones.

El detective era un hombre extraño, aunque sencillo. De lejos parecía completamente normal. Trabajaba todos los días como el que más, de la madrugada hasta las primeras horas de la noche, se había impuesto un horario de 5:00 am a 7:00 pm, de lunes a sábado. Cumplía con sus responsabilidades de hombre de

familia y no tenía grandes vicios, salvo unas cervezas cada sábado en la noche, las que traía frías después de la última vuelta para beber en casa, en solitario.

Vivía con su hermana (viuda desde hacía muchos años) y sus sobrinos, como si fuera su propia familia. Por razones que desconozco nunca se casó, pero parecía sentirse cómodo con estas personas que le respetaban y entre quienes tenía un lugar honroso y determinado. Todos le llamaban por su apodo, el cual debido al tiempo transcurrido casi se escapa de mi memoria, le decíamos Don Chicho.

Por el tiempo en que le conocí, se dedicaba a conducir un autobús en una de las rutas más concurridas de la ciudad. Un bus de los años 50, viejo, oxidado, con un motor V8 que había tomado en un Chevy '57 cuando el motor de fábrica del bus, después de mucho trabajo, se quemó y que, en este tiempo, a duras penas trabajaba y solo mantenía el bloque como pieza original. Lo había adquirido prácticamente de tercera mano, porque los gringos de la Zona de Canal se lo donaron a una institución, la que luego se lo vendió a él, porque no le podía dar mantenimiento a este cacharo.

Se vanagloriaba de no haber tenido nunca un accidente. Me imagino que sería muy difícil accidentarse contra esa mole de metal que parecía apenas moverse. El detective tenía fama de ser un conductor extremadamente lento. Tanto así, que en ocasiones los pasajeros preferían esperar hasta una hora por el siguiente bus, en la seguridad de que justo antes de que este entrara en el barrio lo rebasarían y llegarían primero que aquellos que lo tomaron antes. Para quienes tuvieran necesidad de una siesta completa, tema para una larga conversación y algo que debían leer, este era el transporte adecuado.

El detective era además un hombre taciturno y callado que dedicaba la mayor parte del tiempo libre a las tareas de mantenimiento de su vehículo, que era de su propiedad y que lo había adquirido con muchos sacrificios. Algunos nos preguntábamos si las reparaciones consistían en la búsqueda de un método para hacerlo viajar más lento o si realmente podría repararse algo en ese cacharro que parecía haber sido testigo del surgimiento y crecimiento de la ciudad.



El resto del tiempo, principalmente en las noches y los domingos, el detective se dedicaba en cuerpo y mente a la lectura de novelas detectivescas. Podría decirse que el detective era un moderno Quijote, que se enfrentaba a los actuales entuertos de la mafia, el secuestro, el robo sofisticado, el asesinato y el espionaje. Un Quijote, sin Sancho, que reclutaba a quien quisiera escucharle para invitarlo a resolver sus totalmente verosímiles y predecibles casos.

En efecto, las novelas detectivescas preferidas por él eran “obras” españolas baratas, de tiraje semanal, con gran economía del lenguaje y de argumentación, de manera que los casos parecían repetirse una y otra vez, aunque con cambios cosméticos menores. El detective tenía una colección que fácilmente llegaba a los trescientos ejemplares y cada uno de ellos podría haber sido leído en dos o tres ocasiones. Algunas veces, dos o tres veces por semana, se bajaba en Salsipuedes para comprar o intercambiar sus novelas. Allí las encontraba a buen precio, hasta cinco novelas por un dólar. Usualmente toda la trama de estas novelas se reflejaba en la colorida ilustración de la portada, lo que le serviría como criterio para su elección.

Pero si el primer vicio del detective era leer novelas policíacas cursis y baratas, su segundo vicio era contarlas interminablemente a quien tuviera la osadía de acercársele. Fue por este vicio que le bautizamos como el detective. La manera vívida y participativa como narraba las historias, la forma necia e invasiva con que dominaba el tiempo de su atrapado interlocutor y la transformación personal que le ocurría en estos momentos no dejaban lugar a dudas de que no había diferencias entre el protagonista y el narrador.

Por aquellos tiempos su sobrina y algunos otros estábamos juntos en la Universidad. Cuando decidíamos estudiar en casa de ella nos asegurábamos de que el detective no estuviera allí. Sin embargo, en las ocasiones en que el tedio de la asignatura se hacía insoportable y el detective se encontraba cerca o cuando alguien quería joder la sesión de estudio, se oía la pregunta, antesala de la caja de Pandora detectivesca,...y, ¿qué lee don Chicho?

Era viernes, día de pago y aunque todos estaban alegres, amaneció cabriado. Cortaba y tiraba la caña como si fuera su enemiga y como si estuviera vengándose de no se sabe qué ultraje. Así estuvo toda la mañana, cuando el aguatero le pregunto qué pasaba no contesto y se mantuvo enfurruñado y atento a su trabajo.

A las tres de la tarde, cuando terminó su turno, el pagador le entregó su sobre con su pago, sin contarle sacó dos billetes de cinco dólares y se fue al carro de Don Manuel, le pagó los cuatro que le debía y le compró una botella de seco del más barato, sin contar el vuelto, se metió todo en el bolsillo. Cruzó el camino y alejándose de todos se adentró en el cañaveral, que estaba muy caliente a esa hora del día.

Apartó la maleza con el machete y se sentó recostándose en un manojito de plantas decidido a acabarse la botella antes de las cuatro y media, que era cuando salía el bus que los llevaba al campamento donde se alojaba en el periodo de zafra. El primer trago quemó su garganta, y como estaba con el estómago vacío, en pocos minutos sintió hervir su sangre.

Con el cuerpo tan caliente como el entorno, comenzó a pensar en las cosas que le preocupaban desde hacía una semana. Su mujer le había comentado que creía que estaba preñada de nuevo. No atinó a decirle nada, pero se llevó la preocupación consigo.

Recién había enterrado a Juanito, el más pequeño que murió de un catarro. “Pa’ que tener hijos si se van a morir” -pensó mientras empujaba la botella- recordando que antes ya había enterrado a Pedrito y a Marianita y que todavía le debía al ingenio el costo de los cajones.

Siguió bebiendo mientras pensaba en el rancho arriba en el cerro. El rancho que consistía en un cuarto único, de cuatro paredes, forradas con ramas de palmas, piso de tierra, cuatro hojas de zinc oxidadas por techo, y un enramado donde se juntaban a tomar la brisa cuando el tiempo se los permitía.



Se preocupó porque el verano parecía largo y si no comenzaba a llover a tiempo no crecería bien el maíz que pensaba sembrar y lo poco que produjera se lo llevaría Don Elías. Su mujer le había dicho que ya casi no queda yuca y que, esta vez, los platanales habían producido muy pocas cabezas de plátano chino.

Un sapo se asomó debajo de unas hojas y le dio un “planazo” quebrándole una pata, se detuvo unos minutos a ver como el animal huía cojeando de la pata fracturada. Luego, tomó otro trago mientras miraba la fuga del animal sintiéndose retratado en él, andando por ahí como si le faltara una miembro, trabajando todos los días, sin tener un pedazo de tierra propia en que caerse muerto y con una mujer que parecía parir un hijo cada zafra.

Miró la botella cuando estaba casi por la mitad. Sintió vergüenza de sí mismo cuando se dio cuenta que estaba llorando y que lágrimas, no sudor, bajaban por sus mejillas. Respiró profundo autoinsultándose con la frase, “déjese de pendejadas, Antonio, los hombres no lloran, carajo”.

Se limpió la cara con la manga sucia de la camisa, bebió un largo trago, paró para respirar y limpiarse un poco los mocos, y empinó la botella tratando de tomarse hasta la última gota.

El exceso de licor golpeó su cerebro como un toro en una corrida de fiesta patronal y quedó tendido, dormido, en un surco del cañaveral. No escuchó los gritos de los quemadores, ni el trepidar del fuego que consumía el cogollo y preparaba la caña para el corte. Al día siguiente lo encontraron allí quemado y sin problemas.

Confusión

De pronto todo se nubló. Por un momento no sintió el dolor que invadiría su cabeza. Confusas, variadas y centelleantes imágenes resplandecieron en su mente. No recordó dónde estaba hasta cuando, todavía mareado, comenzó a escuchar...

- Ocho, nueve, diez...

Todo el dolor y la vergüenza se le vinieron encima como un segundo golpe.



Otra vez tarde al trabajo

Cuando encendió el motor del carro y arregló el espejo retrovisor, se dijo a sí mismo, con una leve sonrisa de satisfacción: es imposible que llegue tarde de nuevo al trabajo. Puso marcha atrás y salió lentamente a la calle. El sol se asomaba apenas, era temprano, mucho más temprano que los otros días en que había llegado tarde o casi a la hora de entrada.

Salió de la calle de su barriada y giró a la derecha, hacia la vía principal. Con cierta angustia observó que la fila de automóviles no se movía. Manióbró para entrar a la avenida, anduvo unos cuantos cientos de metros y se detuvo. La fila avanzaba y se detenía, una y otra vez, los auto defensa contra defensa, mientras el tiempo pasaba. ¿A que se deberá este tranque?, pensó, mientras miraba su celular con un dejo de impaciencia reflejada en su semblante.

Luego, avanzó bastante porque un policia de transito trataba de despejar la via para acomodar la ambulancia. Quedé tan cerca que, en ese momento, logro ver la cara de la chica pegada contra el pavimento. Observé que tenía una expresión de dolor, al tiempo que comenzaba a inflamarse su cara producto del golpe y un poco de sangre salía de su boca entreabierta, confundiéndose con el color púrpura de sus labios. Sus ojos, un tanto erráticos, intentaban fijar la mirada, pero sólo reflejaban la confusion que podría estar pasando por su mente. Me pareció que estaba preguntándose todavía ¿qué había pasado? ¿por qué estaba tirada en el suelo? ¿y por qué le dolía todo el cuerpo? Un paramédico trataba de preguntarle algunas cosas importantes en estos casos, pero creo que ella no podía contestar. Pacientemente trató de voltearla, sujetando su cabeza y con ayuda de otras personas, entre ellas un policia de tránsito.

Era una persona joven, quizás unos veinticinco años, morena, de aproximadamente un metro setenta de estatura, era bajita. Por su ropa, probablemente trabajaba de secretaria en una oficina, tenía una falda azul oscuro que hacía juego con su chaqueta y una blusa blanca con un corbatín, creo que así se le dice a ese accesorio, rojo, que ya el paramédico le había quitado para ponerle el cuello ortopédico y que yacía a un lado. La blusa se veía sucia, desgarrada y manchada de sangre.

Al voltearla observé que en sus rodillas, piernas, brazos, manos partes de su piel había desaparecido como resultado del raspón que se hizo contra la calle. Tenía una herida en la cabeza señalada por el desprendimiento de un mechón de cabello que, de seguro, la obligaría a rehacer su corte de cabello y cambiar su peinado, cuando le quitaran las vendas. El paramédico la trataba con tanta delicadeza que se me ocurrió que tenía varios huesos fracturados, especialmente en las costillas y el brazo que guindaba en forma extraña, como una letra rota. Tardaban en subirla a la camilla.

El policía tenía su cartera negra, del mismo color que el zapato que aún le quedaba puesto, el otro voló por los aires cuando el accidente. Buscaba entre sus documentos intentando saber quien era la atropellada. Me imaginé que sería un trabajo difícil encontrar algo en la cartera de una mujer, porque estas son verdaderos triángulos de las Bermudas. Sus manos daban vueltas, revolvían, trajinaban tratando de llegar al fondo del bolso. Vi caer lápices labiales, polveras, recibos de agua y luz, cepillo, peinilla, cinta para el cabello, espejo, estuches de maquillaje, celular, hilo y aguja, bufanda, entre otras cosas, hasta que extrajo una pequeña cartera que presumiblemente contendría su cédula y algunos documentos más.

Cerca, muy cerca, un poco delante de la línea de seguridad, un automóvil blanco, con la tapa del motor abollada y el parabrisas roto, mostraba sus luces intermitentes como señal de que algo había pasado. Su conductora, me imaginé por su actitud, debía ser la señora vestida de celeste, que lloraba mientras hablaba por su celular. Con gestos, llantos y hasta gritos trataba de explicarle a alguien que había atropellado a una persona. Alcance a escuchar que decía: “No... no sé qué pasó, esa pendeja se tiró, apenas la vi y frené, pero ya le había pegado”, escuchó algo y contestó luego, “No, yo estoy bien. El carro tiene golpes en la tapa y el vidrio roto”. Luego añadió, “No, no está muerta, están atendiéndola, la van a llevar al hospital, creó que se salvará, pero ven rápido que estoy sola, no sé qué hacer, rápido, te espero...” y cerró la llamada, para atender al otro policía que en esos momentos la llamaba para tomar los datos del accidente, su versión de los hechos.

En la acera, docenas de personas se asomaban para ver lo que ocurría, despreocupadas de sus propias prisas por llegar a sus respectivos destinos, concentrados en registrar los acontecimientos en sus teléfonos celulares. Cuando la tragedia se asoma - palabras comunes pensé- la gente se pone reflexiva, un poco lúgubre, pero con caras que dicen que suerte que no fui yo y que suerte que lo vi y puedo subirlo a mi Instagram. Entre las pocas personas que



no grababan el accidente, algunas mujeres parecían llorar mientras observaban, otras se tapaban la cara, algunos hombres miraban en silencio con las manos en los bolsillos. Un poco más lejos, unos muchachos contaban con grandes gestos y a viva voz lo que había ocurrido, mostrando a quien lo quisiera lo que habían registrado y subiendo el video a la red.

Al ver todo esto entendí inmediatamente la razón del tranque de casi cuarenta y cinco minutos y deduje que nos quedaríamos otro tanto mientras atendían a la joven. Por suerte tenía un lugar privilegiado desde el cual no perdía detalle. Al otro lado de la ambulancia y del carro blanco, la calle que llevaba a la ciudad estaba vacía. Pensé, otra vez tarde al trabajo, me acomodé en mi asiento, tome mi celular y comencé a escrutar las redes sociales.

Un día en la vida de Juancho Rodríguez

Hace un calor del carajo y yo aquí con mi pala acarreando esta arena a pleno sol y sin camisa. Dos paleadas más para terminar esta carga. Agarro la carretilla para llevar el bulto de arena siento que las agarraderas me queman las manos. Esta muy caliente esta mierda, ¡mierda! Olvidé mis guantes en el casillero adentro y no puedo perder el tiempo buscándolos. Me paso las manos por el pecho sudado y siento un breve alivio de las quemaduras, de algo sirve el sudor.

Apenas son las nueve de la mañana, hoy trabajamos hasta tarde porque hay que terminar de repellar los tres pisos finales del edificio. El capataz me lo dijo, mientras me regaña por no tener camisa, casco, chaleco ni guantes, ¡Que vaina con la dichosa seguridad! Con este calor no se puede estar con camiseta manga larga, chaleco y jeans con cinta reflexiva y, encima de eso, con casco que hay que apretarlo como el carajo para que no se caiga y guantes en que te sudan las manos formándose un lodazal con la mugre de los dedos. Todo el día con eso.

En fin, el capataz nos ha dicho que no nos vamos hasta que terminemos. Creo que serán como las seis cuando acabemos, tres horas de tiempo extra, tres horas que no se fuman en pipa y que suman. En tanto paguen el tiempo extra no me importa. Y que no vengan a pagar el tiempo extra que les da la gana. Que paguen los tiempos que señala la convención colectiva vigente, la que acaba de negociar el sindicato. ¡Coño! Fueron doce meses y un paró de casi nueve, por esa convención que no nos aseguró el aumento que merecemos, pero algo es algo, y poco a poco, vamos consiguiendo lo que queremos; pero tenemos que estar vigilantes sino nos joden estos empleadores, o como dicen los del sindicato, estos oligarcas.

Tienen que reconocer el trabajo que uno hace y pagar con justicia. Yo trabajo tirando pico y pala. Pero soy bueno en eso, quizá el mejor, un buen manacho. El otro día, por ejemplo, me gané a un venezolano tirando pala. El capataz nos pidió que entráramos la arena que estaba casi en la calle porque el volquete no podía entrar y ahí mismo se formó la competencia con chinguía y todo. Yo fui a mí y me gané veinte palos. La apuesta era ver quien acarrea más arena. Tomamos una carretilla y una pala. Mi carretilla es roja, un Ferrari, y vuela porque le tengo la rueda bien aceitada y mi pala es de mango largo, el venezolano tomó una carretilla cualquiera y una pala de mango corto, mala decisión. Le saqué tres carretilladas de ventaja al pobre pendejo y solo tres porque no quería dejarlo muy en feo y porque no quería hacer todo el trabajo. El tipo me cae bien y me trata con el respeto que todos obreros debemos tener por quienes comparten el mismo trabajo y las mismas penas.

El venezolano que, era dizque casi ingeniero en su país, cuarto año en la tecnológica, cuando se vino para Panamá, y acá no podía conseguir trabajo ni seguir estudiando porque no trajo sus papeles en regla y porque no tenía plata, no pudo con mi destreza con la carretilla y mi velocidad paleando. Pero me cae bien el chamo, como ellos dicen, y como tomó la derrota en buena forma, lo invité a la “vaca”, y junto a los demás compañeros, nos fuimos a tomar unas “frías” después del trabajo en la “Portobelo’s Bar Club”, que es en donde se reúne la gente de la construcción después de la jornada, los sábados, a beber, “parquear” y jugar domino por platita.

Allí, en el bar, que abre desde la una de la tarde todos los días, conversamos y nos enteramos de todos los acontecimientos relacionados con la gente de la construcción, con lo que les pasa a los compañeros cercanos de trabajo, sobre asuntos familiares, disputas laborales, la quemadera, los despidos y hacemos inventario de las “guiales” que están buenas y de los “bagres” que se acercan a la construcción. El bar es frecuentado por albañiles, carpinteros, soldadores, sus ayudantes, trabajadores generales, como yo, alguna secretaria en busca de un “man” que se la levante y administrativos de bajo rango (mensajeros, ayudantes de contabilidad); además, por los prestamistas,



las mujeres de algunos trabajadores y otras oportunistas que van al bar a cobrar su plata, intereses, pensiones y rebuscas antes de que los tipos se gasten todo el salario en “guaro, mujeres y chinguías”. El gerente del bar, que es bien “pana”, le da crédito a los clientes más antiguos, que son los que más consuman.

La gente del sindicato también se da su vuelta por allí pagando tragos cuando se acercan las elecciones y torciendo brazos cuando se aproximan las convenciones colectivas o los despidos en masa, señalando que no defienden a quienes no pertenezcan al gremio, aunque invariablemente lo hacen, porque les gustan llevarles broncas a los “rabis” que mandan en la construcción. En todo caso, siempre tienen un discurso de barricada en contra de la oligarquía criolla, del neoliberalismo, del capitalismo salvaje, de la globalización y a favor de la lucha de clases por los intereses del proletariado y las masas. Yo los escucho, aunque a veces lo entiendo todo lo que dicen, pero me gusta la firmeza y convicción con que lo dicen. Se parecen a los Testigos de Jehová predicando, pero estos no llevan la Biblia sino un libro viejo y desgastado que usan para explicar cómo funciona el socialismo a quienes, aunque casi borrachos, les quisieran prestar atención.

Nadie más va al bar. Desde el capataz para arriba, ni ingenieros ni arquitectos, ni administrativos ni contadores, ni los dueños de la constructora o de los edificios que estamos haciendo; ellos no se reúnen con nosotros y menos en el bar de mala muerte, como le llaman al “Portobelo”. El capataz porque está metido en la idea de que él es clase media con su casita en La Riviera, Don Bosco. Y los arquitectos, ingenieros y los otros porque tienen sus clubes a los cuales asisten cuando se quieren tomar un trajo y no le importa eso de las clases sociales en tanto ellos vivan bien, tengan dinero para botar para el aire y conserven sus privilegios sociales. Los jefes nunca se “van de pueblo” ni quieren interactuar con el “proletariado”, como dice el compañero del sindicato.

Por supuesto, eso no me importa. Allá ellos. Yo vivo mi vida con mis penas y mis escasas alegrías, mis tragedias personales. Pensando en tragedias, me acuerdo que cuando era pela’o jugaba béisbol. Era un buen catcher con buen brazo y excelente mascoteo, hasta que me lesioné la rodilla y como no tenía plata no pude operarme. ¡Qué mala leche tuve! Lo más que pude fue atenderme en el Seguro Social, donde con solo tres sesiones de terapia a la semana, durante dos meses, me fueron rehabilitando. Recuperé las funciones de la rodilla, pero más nunca pude jugar la receptoría, posición muy exigente para mi articulación, según me dijo el doctor. A veces, con nostalgia recuerdo mis buenos años en la juvenil, donde se decía que pronto sería firmado por una organización de grandes ligas. Ese es el sueño de todo pelotero, pero no se dio para mí. ¡Te imaginas! salir de la pobreza por la puerta ancha, ir al “norte” para jugar pelota en las grandes ligas, quizás hasta llegar a los Yankees de Nueva York, comprarles

una casa a mis viejos, andar siempre “ribeteado” en una nave bien “pritty” y levantarme a una “gringuita”. ¡Qué salazón! Aun así, de vez en cuando, visito el cuadro de béisbol para “birriar” con los muchachos del barrio. Ahora juego el jardín izquierdo donde tengo menos acción y corro menos riesgo, aunque ya no es tan divertido y siempre me da una especie de “mococoa” y una nostalgia difícil de esconder.

Cuando me pasa eso me “cabreo” y me voy pa’l chantin a rumiar mis penas yo solo, porque no me gusta que la gente me vea así. Estar jodido y caído de ánimos no es lo mío, yo usualmente no soy así. Yo tengo fama de arrepinchoso y la fama, cuando es buena, se cuida. Cuando estoy así lo único que me saca de la cabreación es ir a la tienda del chino y comprarme unas cuantas pintas bien frías, beberlas allí mismo sentado en la esquina cerca de la cancha, viendo a los meñas del barrio jugando basket y mandándose pa’la verga a cada rato. Pintas frías que me extraen el calor de estos pensamientos turbios y que me vendrían muy bien ahora, con este calor externo. Pero, ¡vaya! Ya son las doce, como se va el tiempo trabajando en automático y pensado pendejadas. Busco mi “portaviandas” y me acerco a los otros, me hago un espacio en la mesa tipo picnic que hicimos con madera reusada, y me dedico a almorzar lo que traje para comer, preparado por mi anciana madre. La abundante comida que “mi vieja” me sirvió en un envase de helado de medio galón que siempre traigo hasta el tope, con todo mezclado, que es como me gusta. Todo revuelto, los macarrones, la carne guisada, “buco” arroz, la ensalada de papas, las tajadas de plátano maduro y “rantan” de porotos. Siempre como casi lo mismo, bueno, a veces pollo guisado o frito, carne de puerco, hígado o algo por el estilo. Lo que cambia es el producto cárnico o la miniestra, poroto, lentejas, arvejas o frijoles, como dice la doña, pero lo otro no, especialmente el arroz que como siempre para que me llene. A esto que yo como le dice comida de obrero.

Acabo de almorzar en “dos patadas” y me recojo en un montón de sacos de cemento arropados con una lona, y allí me hecho una pequeña siesta para reposar la comida. Me gusta hacer esta siesta siempre solo porque puedo pensar en las vainas que quiero, ponerme al día y formular los planes que tengo. Por ejemplo, tengo que decidir si sigo estudiando o no. Esto me da vueltas en la cabeza todos los días. Siempre me torturan las frases de mi viejo cuando me dice que si no estudio no voy a “echa pa’lante” y cuando me preguntan que se si quiero ser un “limpio” todo el tiempo. Pero la decisión que tengo que tomar no es fácil. Primero tengo que terminar el onceavo año, luego graduarme en el doceavo. ¿De que bachiller me graduaré, comercio, letras, porque en ciencias no doy bolas? Y después en la Universidad, ¿qué podré estudiar? ¿Para qué tengo vocación? A veces me jodo pensando porqué me salí del colegio. Para hacer nada, huevear para arriba y para abajo todos los “fucking” días, siempre birriando béisbol porque dizque me iba pa’las grandes ligas y los “pays” persiguiéndome. Me andan diciendo que me meta



a una escuela laboral nocturno para terminar en bachiller. Le estoy metiendo mente a esa idea y pueda que por fin la haga.

¡Coño! Me pasé cinco minutos por estar pensando huevadas. Casi me pilla el capataz. Si no es porque el “mocho” me avisa me hubieran jodido con un descuento o una amonestación o un memo. Mejor pienso y trabajo, que a mí no me mandan ni verga estos hijueputas. En fin. Dice mi vieja que quiere ver que termine a escuela antes de morirse. Y yo, que va, si a la vieja le faltan “rantan” de años para pelar el bollo, pero por si acaso tengo que averiguar cómo se hace para entrar en la nocturna, cuanto hay que pagar, los horarios y otras cosas. Lucho, que terminó sus estudios en esta escuela me dijo que es fácil y uno ve otra gente, algunos que tienen más problemas que uno, que están más jodidos, algunos vagos consentidos que están perdiendo el tiempo y que también hay “rantan de pays” y, quien quita, yo me pueda “levantar una guial” que no sepa nada de mi pasado como promesa del béisbol.

¡Verga! ya son las seis y voy pa'lante...

La salsa de Lencho López

Los sábados, después del trabajo, los muchachos se reunían en el “Portobelo’s Bar Club” a tomarse unas “pintas” y a comentar los acontecimientos de la semana, en un ambiente lleno de ruido, relajos y carcajadas. Se la pasaba bien en ese bar y el dueño se había hecho “pasiero” de la mayoría de los “manes”. El “Portobelo”, entre sus muchos atractivos contaba con un “traganiquel” bien surtido con los clásicos de la época del acetato, en el cual, se podía escuchar todo tipo de música. Desde música típica, favorita de los interioranos nostálgicos que cuando estaban picados se ponían a salomar; música romántica para los despechados que lloraban mientras cantaban “ella, ella ya me olvidó” de Leonardo Favio, hasta toda clase de música de salsa, merengues, antillanas con la cual los borrachos tiraban sus pasos en solitario, con la escoba o trapeador de la limpieza o con alguna de las chicas o señoras que gustaban aparecerse en el bar para ver que pescaban o acechando a sus maridos para que no se gastaran toda la plata en “guaro”.

Lorenzo Elías López, mejor conocido como Lencho, asiduo visitante del “Portobelo”, era un hombre que rayaba los 56 años, de los mejores albañiles que dio el Artes y Oficios al principio de los ochenta, había intentado estudiar arquitectura en la Universidad de Panamá, era sindicalista, hombre de izquierda y de opiniones contundentes. Le gustaba la salsa, pero no cualquier salsa, solo o principalmente la salsa con sentido social, esa que se cantaba en los años de su juventud, la salsa que lo acompañó, junto a la nueva trova, en la formación de su conciencia social. Decía, con pasión y convicción, que esta salsa había sido truncada por el imperialismo cuando el capitalismo se dio cuenta de la capacidad incendiaria de estas canciones. Según él, era demasiado sospechoso como sugirieron el “montón” de orquestas y la manera en que la salsa romántica, que confundía amor con sensualidad, erotismo y hasta hacía apología de la promiscuidad, se imponía como tendencia musical, con letras insustanciales, con arreglos musicales elementales, diseñadas para obnubilar la conciencia de la gente, en total confrontación a la salsa clásica.

Entre los cantantes favoritos de Lencho estaba Rubén Blades, quien según él con su concepto FOCILA (Folclore de Ciudad Latinoamericana) revolucionó el género musical, especialmente con su trabajo Maestra Vida, el cual consagró su proyecto de creación de una identidad latina. Por ello, cuando escuchaba un tema de Blades no solo lo cantaba sino también hacía una reflexión sesuda del planteamiento de la canción atrapando a quienes estaban con él en una vorágine de ideas que buscaban poner el tema en contexto acercándolo a la realidad que todos vivimos.





Varias veces he estado allí, en su mesa, compartiendo unas “pintas” cuando ocurre que comienza a sonar una canción, por ejemplo, *eh le le le le le le le, le le le le le le le*, es Pablo Pueblo, y Lencho manda a todos a callar y a escuchar, aguzando el oído, comienza a cantar, tararear y, cuando termina, empieza a explicar e interpretar la canción, cuya letra se conoce, como se dice, de atrás pa’lante y de adelante pátras.

Regresa un hombre en silencio

De su trabajo cansado

Su paso no lleva prisa

Su sombra nunca lo alcanza

Primero recita la estrofa y luego la explica. Interpelando a sus interlocutores, pregunta, ¿Sabes de que trata esta canción? Y contesta, sin espera respuesta: Pablo Pueblo es un hombre jodido por las circunstancias que ni siquiera sabe que esta jodido. Por eso anda en silencio y está cansado. Trabaja, pero cuando sale está cansando. No como nosotros que salimos del trabajo alegres y con ganas de tomarnos una “pintas”. Pablo Pueblo sale cansando, sin prisa, como si el mundo pesara en sus hombros. Esta tan jodido que ni siquiera su sombra lo quiere alcanzar, no quiere esta con él. Nadie quiere estar con uno cuando esta jodido. Estar jodido es un repelente de gente.

Pero ¿por qué está jodido? -pregunta de nuevo. Porque “lo espera el barrio de siempre”, con un miserable foco, con basura, con el ruido de una cantina a la que no puede entrar porque no tiene plata. Luego, para llegar a su cuarto tiene que pasar por un zaguán que esta oscuro porque la luz del foco no llega hasta allí, pero le alcanza para ver de nuevo “las paredes con las viejas papeletas que prometían futuros en lides politiqueras”. ¡Coño! Quien no está cabreado en esas circunstancias. Los políticos les prometen a los pobres cosas que no tienen la menor intención de cumplir o los compran con jamones y otras pendejadas. Con estas practica condenan a la gente, como Pablo Pueblo, que son “hijos del grito y la calle, de la miseria y del hambre, del callejón y la pena a vivir siempre en la pobreza, los condenan a alimentarse de esperanzas huecas y vacías que no tienen cuando mejorar. Lo peor es que la gente no tiene conciencia de ese mecanismo de la politiquería que inunda nuestros barrios.

Alguien interrumpe estas reflexiones y pregunta, Lencho, ¿qué quiere decir la siguiente estrofa? Lencho lo recita despacio,

Llega al patio
pensativo y cabizbajo
con su silencio de pobre
Con los gritos por abajo
La ropa allá en los balcones
El viento la va secando
Escucha un trueno en el cielo
tiempo de lluvia avisando

Mira, comienza a decir, en mi opinión producto de una vida miserable, Pablo Pueblo no tiene muchas razones para reír por lo que anda siempre pensativo, masticando su miseria, con una autoestima ultrajada que lo mantiene cabizbajo, es cómo Adán García, canción que bien podría ser un continuación de esta, tipos que andan con la “tranquilidad del desesperado”, en el exterior no se nota su desesperación, pero en su fuero interno hierben de tristeza, angustia y desilusión, dando gritos por debajo, carcomidos emocionalmente. La mejor respuesta que tiene a lo que vive en su silencio de pobre, que es un silencio pasivo, autodestructivo. Por otro lado, en la segunda parte de la estrofa, se plantean las cosas rutinarias de la vida, de las cuales uno puede estar seguro, cosas que no dependen de uno, como el viento en los balcones que seca la ropa y el trueno que avisa la lluvia, son cosas naturales. Cosas que, si uno tuviera el control de ellas, ya el capitalismo se las habría apropiado, comerciándolas, poniéndoles precio, y luego vendiéndolas a nosotros mismos.

Todos ríen y Lencho dice “Se ríen, les parece gracioso, pues así mismo es el capitalismo salvaje de nuestros días, que cuando puede nos fastidia a todos. Es de todos sabido que los gringos se llevan nuestras frutas y nos venden el jugo, que se llevan nuestra madera y nos venden los muebles”. Esos “putas” son los conquistadores de nuestro siglo, como lo fueron los españoles durante la colonia, y como ellos, no tienen misericordia.

Alguien dice, no jodas Lencho, es que nos pareció graciosa la forma en que lo dijiste. Pero sigue que esta bueno tu análisis.



Le lanza una mirada agradecido y prosigue. En la siguiente estrofa canta:

Entra al cuarto
Y se queda mirando
A su mujer y a los niños
Y se pregunta hasta cuando
Toma sus sueños raídos
los parcha con esperanzas
Hace del hambre una almohada
Y se acuesta triste del alma

Yo les pregunto ¿para qué uno trabaja? ¿Para que uno se jode todos los días con estos coños de su madre capataces, ingenieros y dueños de la construcción si nos es, entre otras cosas, para tener bien a sus hijos, a su familia? Y cuando uno no puede contestar que sí, que trabajamos para lograr el bienestar de nuestros hijos y nuestra familia ocurre que uno “entra al cuarto” no a la casa, al pinche cuarto, “y se queda mirando a la mujer y a los hijos” y le da un dolor que le atraviesa el alma. Un dolor terrible, como dolor en los huevos, frente al cual uno “se pregunta hasta cuándo” y no se llora porque se es hombre y a los hombres que son machos no se les permite llorar. Pero, aun así, a veces uno llora a través del alcohol y las parrandas, como Juan Pachanga, o a través de actos suicidas como el de Adán García. Es terrible preguntarse hasta cuándo y no ver la respuesta en el horizonte ni en los sueños. Porque, déjenme decir, bueno, ustedes también lo viven, cuando uno es pobre, sueña mucho. Como nada tiene, tiene mucho para soñar. Pablo Pueblo no para de soñar, pero está tan jodido que primero tiene que parchar sus sueños raídos. Es decir, que tiene que aplicarles una capa base de esperanzas para luego proceder a pintar sus sueños. Y es triste acostarse con hambre, más triste aun cuando uno decide que ni siquiera es necesario preguntar por la cena para no mortificar a la compañera que probablemente se durmió igual de hambrienta. Una tristeza del alma es una pena profunda del corazón y del espíritu.

Después de esta afirmación guardamos silencio, nos ha dejado pensando, porque todos hemos, alguna vez, llevado una tristeza del alma –pensó Juancho – y seguido dijo; por ejemplo, yo cuando me jodí la rodilla y no pude jugar más béisbol perdiendo la oportunidad de ir a las grandes ligas. Vidal cuando se divorció, Oscar cuando perdió un hijo en una balacera, otros cuando se les quemo el rancho, en fin, todos hemos vivido alguna desgracia que nos ha

dejado un hueco en el alma.

Así es – dijo Lencho – y para terminar tengo que hablarles del coro y del pregoneo de esta canción. En esta canción el coro juega un papel importante en la relación del oyente con Pablo Pueblo. El coro nos enlaza con el personaje de la canción. Nos hermana. Dice “Pablo Pueblo, Pablo hermano”, con lo cual, acerca la realidad que vive la persona en la canción con la realidad que vivimos todos y de paso, nos dice que todos somos Pablo Pueblo con realidades distintas, aunque similares.

Y el coro también es una obra maestra del “pregoneo” propio de la salsa clásica, que Rubén lleva a la máxima expresión sirviéndole para puntualizar aspectos específicos tratados o no en el cuerpo de la canción. Los pregones “trabajo hasta jubilarse y nunca sobraron chavos”. Indica que nunca tuvo dinero suficiente y nos aproxima a una realidad, pues si el Seguro que te da el sesenta por ciento de tu salario, yo me pregunto ¿cuánto es el sesenta por ciento de un salario miserable? Cuando un obrero se jubila tiene menos que nada de acuerdo a este razonamiento y eso debe hacernos pensar.

En el otro pregón dice, “votando en las elecciones pa después comerse un clavo”, en el siguiente dice “Pablo con el silencio del pobre con los gritos por abajo”, en el otro le receta entusiasmo cuando dice ¡echa palante Pablito y a la vida mete mano”. Después, “a un crucifijo rezando y el cambio esperando a Dios”; sigue “Mira a su mujer y a los nenes y se pregunta hasta cuándo”; más adelante, “llega a su barrio de siempre cansao de la factoría”; de allí, “buscando suerte en caballos y comprando lotería”; sigue, “gastando su dinerito en domino y tomándose un par de tragos”; finalmente, “hijo del grito y la calle de la pena y del quebranto”. En el primer pregón señala unos de los vicios de la democracia capitalista al defraudar los deseos del pueblo con promesas falsas; en el segundo reitera “el silencio de pobres” con la procesión por dentro debido a su impotencia; pero, inmediatamente ofrece una alternativa porqué sugiere que uno no se puede quedar pasivo, hay que echar mano a la vida sino uno se muere; después, hay una anotación a la fe que de seguro tiene Pablo y en la cual todos los pobres que se amparan pidiendo a Dios para que resuelva sus problemas sin darse cuenta que es el mismo Dios de los ricos. De seguido, reitera la pregunta “¿hasta cuándo?” Que se hace al mirar a su mujer y a sus hijos, quienes son la razón de sus esfuerzos diarios y su preocupación permanente. Luego, indica su cansancio de su trabajo en la fábrica, trabajo que no lo satisface, no le alcanza para nada, y lo lleva a buscar suerte en caballos y lotería, en el pensamiento mágico que suele alimentar las esperanzas de los pobres; y aunque parezca criticable, son esos juegos de domino y los traguitos en que gasta un dinerito lo que mantiene su frágil salud mental a flote. Es como nosotros, que venimos aquí no por simple ganas



de tomar, mal que bien, esto es necesario para que podamos estar mentalmente sanos y si no es esto sería la iglesia o un fanatismo religioso.

Y el final es casi un lamento, primero cuando reitera que Pablo Pueblo, como todos aquí, somos “hijos del grito y la calle, de la pena y del quebranto”, y luego, cuando dice en tono lastimero “Ay Pablo Pueblo Ay Pablo hermano” –lo dice cantando para resaltar el tono. Pablo Pueblo como no tiene conciencia de clase, como no sabe que es un lumpen, un proletario, no tiene esperanzas en el socialismo. Pero es un socialismo de verdad, no como el de Maduro u Ortega, cuyo socialismo fracasado ha llevado miseria y hambre a su pueblo y ha roto todas las esperanzas de su gente y son burdas imitaciones del socialismo cubano que ha resistido todos los embates del imperialismo yanqui. ¿Por qué? Me pregunto, estos partidos de izquierda, con su dictadura del proletariado, han sostenido que el proletariado es una sola persona en el mismo cargo hasta la muerte. Acaso no hay más gente capaz de llevar el mismo proyecto político-social, por los mismos caminos... Hay tanto desgaste, tanta falta de liderazgo, de visión...

Hay un momento de silencio reflexivo, de otra mesa, alguien poncha un bolero tuerce corazones en el traganiquel y Lencho y nosotros nos concentramos en nuestras respectivas cervezas...

Las matemáticas de Josefa María

Cuando tenía 13 años, un 12 de enero de 2014, me trajeron a trabajar en una casa de familia en la capital. Era una mañana de domingo, cuando estaba preparándome para la misa, llegaron en un carro gris, como un augurio, una señora blanca como la leche, con cabellos de oro, que dijo llamarse dona Betita y un señor chaparro, canoso y barrigón, don Tato. Iban por recomendación del padre Domitilo, amigo de su familia, quien les habló de mí y de mis necesidades familiares. Dijo que sería un alivio para esta pobre gente tener una boca menos que alimentar, mi boca, y que de paso podría mandar algún dinerito para aliviar la carga de mis padres.

La familia Martínez-Taylor, según supe porque a cada rato lo decían, tenían orgullosamente un apellido compuesto que indicaba clase y se creían medio gringos, estaba conformada por 5 miembros, dona Betita y don Tato y tres chiquillos malcriados y pedantes, que estudiaban en una escuela católica privada, de 14, el Junier, de 10 el Tatito que heredó el diminutivo del apodo de su padre y de 7 años, el benjamín, quienes tienen ahora de 19, 15 y 12 años.

Como era fanática desde chica a los números, algo a lo que me apegaba porque no pude continuar después del sexto grado, debido a las condiciones de mi familia, a este trabajo y a la mezquindad de mis patrones que no me permitieron ir a la escuela para que no descuidara mis quehaceres, en mis ratos libres, especialmente antes de acostarme, realicé sendas matemáticas, llevando mis sumas en un cuaderno del cual nunca me alejaba y que llevaba a todas partes. En mis matemáticas anoto mis actividades, los días o el tiempo y la cantidad de veces que hice tal o cual actividad, en los mil ochocientos veintiséis días que he trabajado aquí.

Así, en estos cinco años he barrido y trapeado 3,652 veces, a razón de 2 veces al día, he preparado un desayuno diario para seis personas, un almuerzo diario para dos y cena diaria para seis; entonces he preparado 9,130 desayunos, 3,652 almuerzos y 9,130 cenas, lo que hace un todo de 25,564 comidas; como fregar viene después de cocinar, he fregado los platos 5.478 veces, a razón de 3 veces al día, 25,564 platos grandes o platos hondos, 25,564 platos chicos, 34,694 entre vasos y tazas, cerca de 75,000 cubiertos; tendido 10,956 camas, a razón de 6 camas al día incluyendo la mía, he arreglado 7,304 veces los cuartos, a razón de cuatro cuartos por día; la sala, el comedor y la cocina las he arreglado una vez los días de semana y dos veces los fines de semana, con lo que se calcula que las he arreglado 16,434; como solo lavo la ropa los viernes y sábados, calculo que he lavado 520 días, a razón de 7 tandas de ropa cada día, he lavado 3,640 tandas de ropa.

Desafortunadamente, el cálculo de las prendas de ropa lavadas resultaba imposible de llevar; sin embargo, cuando la lavadora se dañó, obligándome a ir a un lavamático, tuve que contar la ropa que llevaba para lavar y resultó que, en esa ocasión, llevé 7 camisas, 7 pantalones, 7 camisetitas, 14 calzoncillos y 7 pares de medias del señor; 10 blusas, 4 faldas, 5 pantalones, 16 panties de la señora; de los chicos 15 camisas de uniforme, 4 pantalones de uniforme, 21 camisetitas de estar en casa, 45 calzoncillos –algunos cagaos –, 15 pares de medias azules y 8 blancas. Un total de 185 prendas de ropa llevaba en esa ocasión, lo que, multiplicado por las 3,640 tandas de ropa, da un total, que debe ser aproximado, pues no puedo asegurar que siempre ha sido esa cantidad, de 673,400 prendas de ropa.



También llevo estadísticas de los 52 domingos que he tenido libre, de las 18 veces que tuve que trabajar con fiebre, de las 213 veces que salieron a cenar o al cine dejándome la ropa recién lavada para que les hiciera el favor de doblarla, guardarla en los cajones o guindarla en los roperos, cosas que regularmente les tocaba a ellos, de las 9 veces que me trajeron dulces y la comida que no pudieron comerse, de las 40 veces que tuve que salir con ellos a buscar agua; de los 311 días que tuve que hacer los mismos oficios aunque tenía los dolores de la regla que me viene tan fuerte, de las 6 veces que tuve que ir al doctor por los cólicos y me pidieron que terminara mis oficios antes de ir a la clínica, que ellos no me pagaron, llevaron o acompañaron; de los B/. 32.50 que me descontaron por los platos rotos de la vajilla fina que rompí una vez que esquivé un juguete abandonado en el piso entre la cocina y el comedor; y las 120 veces que acompañé a doña Betita a hacer supermercado siempre en mis supuestas horas de descanso porque como yo no tenía nada que hacer escogía ese tiempo para que cambiara de aire, saliera un poco y me entretuviera.

Hasta tengo anotadas las 23 veces en las cuales don Tato me tocó la nalga, las 45 veces en las cuales Junior, el mayor, me enseñó la picha y trato de tocarme las tetas, las 65 veces en el “Tatito” también me la mostró, las 6 veces en que el benjamín de la familia hizo lo mismo, las 3 veces en que los tres en grupo, me acorralaron, manoseándome y tratando de forzarme, y de la única vez en que la señora Betita que pidió que me acostara con ella un rato y comenzó a acariciarme y a besarme.

Este sábado 12 de enero cumplo cinco años de trabajar con esta familia, ya tengo 18 años. Mañana es mi día libre, me voy, comenzaré otras matemáticas...

Las bodas de plata de Mago en la construcción

Estos pendejos vagos de mierda creen que me van a joder. No por gusto me llamo Medardo Antonio Gómez Ovalle, ni es por mi linda cara que me dicen Mago en la construcción, donde llevo treinta y cinco años de trabajo continuo. A pesar de que me falta nueve años para jubilarme aquí hay capataz pa' rato. Aunque no siempre fui capataz. Yo comencé desde abajo, tirando pico y pala, paleando arena y mezcla, después pegando bloques y repellando paredes antes de conseguir este trabajo.

Por diez años hice todo esto, mientras estudiaba de a poco porque los estudios no se me daban y demoré en sacar el técnico en construcción. Si bien siempre fui bueno para leer planos, arreglar cosas y manejar equipos, materias como matemáticas, física y cálculo me hacían la vida imposible. Al final las superé cuando entendí como estas materias se relacionaban con cosas como la resistencia de los materiales, el análisis estructural y a edificación, en las que me convertí en un “bicho”, como dicen mis hijos.

En cuanto me gradué de Técnico en Construcción en Edificaciones, carrera que estudié de noche, sin decirle a nadie, vine a conversar, papel en mano, con el ingeniero Torres Clark, quien me recomendó a los dueños de la constructora, de eso hacen ya veinticinco años. De hecho, esta semana son mis bodas de plata en la construcción, por eso son estas reflexiones. Durante este tiempo he administrado más de 30 proyectos de construcción, tanto pequeños como casas unifamiliares y construcción o remodelación de locales comerciales hasta construcción de barriadas, edificios de más de 20 pisos y centros comerciales.

También, he organizado y supervisado el trabajo de muchos subcontratistas, quienes en ocasiones quieren hacer las cosas a su manera, para terminar y cobrar, sin importarles con el proyecto en general. Yo procuro mediar con todos los contratistas ya sean los electricistas, los de aires acondicionados, los que instalan elevadores, los plomeros, etc. a fin de que todo quede a satisfacción de la obra. Además, porque es un lío buscarlos después para que reparen cosas que otros dañan o que cambian especificaciones para satisfacer condiciones impuestas por terceros. En fin, tengo que arreglármelas para que todo quede bien porque es mi responsabilidad.

Además, he manejado cientos de obreros de la construcción. Trabajadores de todo tipo desde los responsables que hacen su trabajo bien y exigen que se les pague en conformidad hasta los rebeldes, borrachos, indisciplinados, manos rápidas, etc. Esa tropa de imbéciles obreros chupateros a quienes hay supervisar permanentemente para que no hagan ninguna cagada al hacer una armadura de acero o en el vaciado del concreto o para que respeten las normas de seguridad y no les caiga una pared encima. Soporto y tengo paciencia para todos estos tipos, menos para los vagos a quienes echo en la primera oportunidad. Sin embargo, aunque piense eso de ellos, no le digo a nadie lo que opino, no se vayan a ofender y me echen al sindicato, suficiente con las negociaciones anuales en las que tengo que participar de todos modos.



Por otro lado, me fastidia estar cada día lidiado con representantes sindicales, que son en mi opinión unos vergajos “comunistoides”, lleno de ideas absurdas, como capitalismo, luchas de clases y otras sandeces que solo ellos ven. En mi opinión, sin capitalismo no hay riqueza y sin él este país no estaría donde está. Pero, a ellos los trato porque al menos, están defendiendo a sus miembros, aunque algunos no merecen ser defendidos, ellos están haciendo un trabajo.

Sobre todo, me molesta tratar con supervisores burócratas y coimeros, que usan su manual de reglas, el código para la construcción, para ver lo que está mal y en lugar de querer corregirlo lo utilizan para chantajear y coimear a la empresa. Le ponen precio a cada falta y al ladito colocan la coima correspondiente en caso que uno se quiera saltar la norma. Me molesta más porque soy yo quien tiene que sacar la cara por la empresa y pagar las coimas en lugares lejanos a la oficina y a la obra.

En estos años he estado, más veces de lo que quiero recordar, en medio de “culicagaos”, pichones de ingenieros, recién graduados que a duras penas saben interpretar un plano y que me vienen a decir cómo quieren que se hagan las cosas. Yo solo los ignoro y procedo como debe ser o cuando son muy necios hablo con el ingeniero Torres Clark para que se encargue de ellos. Él les dice que no se metan conmigo que yo sé lo que hago, les lee mi hoja de vida y así me dejan en paz.

Mi hoja de vida. En ella se dice que, aparte de los 30 proyectos en los que he trabajado, soy experto en determinar el avance de la estructura, en planificación de la edificación, en la selección y uso apropiado de materiales de construcción y en el manejo y evaluación de las herramientas, en la aplicación de las normas de seguridad, en la determinación de los estándares de calidad y en la realización y ejecución del plan de trabajo de la empresa. Es decir, puedo llevar a construcción desde la primera pala, que usualmente hace la gerencia y los políticos, hasta el último acabado de la instalación de la cornisa para las cortinas.

Sin embargo, no todo ha sido bueno en la construcción, también he tenido algunos momentos malos. Por ejemplo, cuando se derrumbó aquella pared en el Edificio Mirarrío, en calle Federico Olarticoechea, donde murieron dos obreros en el 98, y todo el mundo me cayó encima dizque porque la obra no cumplía con las normas de seguridad o que los materiales eran de mala calidad. Yo me mantuve en mis cabales y siempre dije primero que bajo mis órdenes todos tenían que acatar las normas de seguridad, por eso regañe al pendejo de Juancho por estar paleando

arena sin las medidas de seguridad exigidas por ley, tuve ganas de correrlo de la obra; pero es un muchacho que no niega el trabajo. También sostuve que, y los dueños lo saben bien, que no acepto trabajar con materiales de mala o, siquiera, dudosa calidad. En ambas cosas la Junta Técnica que se formó para evaluar en accidente me dio la razón y lo sucedido fue decretado como un accidente fortuito, con lo cual, las familias de los dos trabajadores cobraron su indemnización, la obra salió bien librada y yo duermo tranquilo todas las noches.

A mis hijos los mantengo alejados de la construcción porque quiero algo mejor para ellos, quiero que se mantengan estudiando y que sean profesionales destacados, doctores, abogados. Nada que tengan que ver con esto. Por suerte, salen inteligentes a su madre que es profesora de cívica en educación media en un colegio cerca de la casa, el IPT Don Bosco, los lleva con la sogá corta a los dos, los pone a estudiar a diario y no deja que se salgan del camino. Y si ponen “ronconsitos” me avisa, llego, les doy un par de azotes y se acaba el problema. Ah, pero son buenos hijos, los tuve tarde porque mi primera esposa, que en paz descansa, murió prematuramente de un cáncer de mamas que nos sorprendió temprano en la vida y me tomo tiempo recuperarme y rehacer mi vida. Dos hijos, nombrados como los abuelos, Leónidas y Sebastián, de 18 y 17, pronto entraran a la universidad, por lo que espero que con los mil seiscientos palos que gano al mes, salario que estos idiotas ni siquiera sueñan, los mantendré hasta que se hagan unos profesionales. Sueño con esos días.

Algunos obreros me han invitado al bar de “mala muerte” donde ellos se reúnen los sábados después de trabajo. Pero, que va, no me gusta ir a esos lugares de pacotilla ni me gusta la gente que va allí. Eso no es para mí. La misma gente que me fastidia todo el día, que tengo que regañar como si fueran unos pelaos, ¿ir a beber con ellos? Y no es por los tragos. Yo tomo licor de vez en cuando. Me gusta la cerveza bien fría, pero cuando quiero tomar me junto con otra gente, otro tipo de personas, con quienes pueda aprender algo, entrar en conversaciones edificantes -como dice mi mujer. Me gusta cuando a mi esposa la invitan a un quinceaños de alguna hija de sus colegas, ir bien elegantes, tomarme unos tragos finos, con gente como yo, profesores, maestros, licenciados, comerciantes o las veces en que el gerente o algún ejecutivo de la compañía me invita a una fiesta, y hay que ir más elegante, con saco y todo; o a un “barbecue” con piscina y a los que hay que asistir en ropa “sport”, llevar traje de baño y tomar sol, algo bien “nice”.

Me gusta la gente que, aunque viene de abajo, ha mejorado su estilo de vida, viaja, tiene buenos gustos, buenos carros, buenas casas, vive en barrios de clase media, de media para arriba, como nosotros que vivimos en la Riviera, corregimiento de Don Bosco, no nos damos la gran vida, pero tenemos aspiraciones, soñamos, trabajamos duro para



conseguir lo que queremos y no vamos a echar para atrás con gente que no hace el esfuerzo que nosotros hacemos. Estos años que tengo en la construcción, estos veinticinco años, no se fuman en pipa, carajo.

Ti Eteba Tikue

“Hace calor. Es de noche. Los grillos y el ruido de la brisa, moviendo el bananal, es lo único que escucho. Me siento débil. Tengo hambre y sed. El jedor a insecticida me asfixia, quizá tenga todavía gas atravesao en la garganta.

El gas de las bombas lacrimógenas es jediondo, es como un vapor seco y caliente que se mete en la garganta y tranca la respiración; uno abre la bocota buscando aire, pero es peor, le entra a uno un ardor en los ojos y un ahogo que le deja la cara empapaita de sudor, de lágrimas y de moco.

Estoy solo. Al principio escuchaba gente quejándose, llorando y maldiciendo. Poco a poco nos fuimos desperdigando. Ahora estoy sólo. Quiero salir de aquí; regresar a mi casa ahora que es de noche. De día será difícil, el pueblo debe estar inundao de policía. Pero ¿Cómo hago? No logro ver nada y no tengo idea de donde estoy. Trato de recordar, es la única forma de orientarme; recordar dónde estaba, cuando esta oscuridad se me vino encima. Eso hago, recordar, tratar de recordar, repaso mis recuerdos uno por uno.

Fue el jueves, sí el jueves, hace ya más de ocho días que iniciamos la huelga, una huelga de advertencia. De advertencia, pienso eso y hasta me da tristeza, hoy debe ser domingo, o sábado tal vez, no lo sé con claridad, no puedo llevar la cuenta de los días...”

Trabajosamente, y agarrándose de una mata de tallo, se puso de pie. Las piernas le temblaban y el dolor seco que traía metido en el pecho y que había arrastrado por días, se le despertó con el movimiento. Lo ignoró, o por lo menos trató de ignorarlo, como trataba, también de ignorar el hambre y la sed, de aplastarlos con sus recuerdos. Se echó a andar.

- *“Nos equivocamos con el hombre, Antonio. Nos volvieron a engañar. Pendejos, bien pendejos que somos, por dejarnos engañar de esta política puerca. Y mírate tú cómo estás ahora y mírame a mí, sin rumbo y a punto de morirme perdido en este bananal”* - Hablaba en voz alta, casi como un grito, como si conversara



con alguien distante que apenas podía escucharle y eso esperaba, que alguien pasara por casualidad por allí y pudiera escucharle; sería su salvación.

“No sé si recordar todo esto, me haga bien o me haga mal. Quizá sea mejor que ni piense, que me eche a morir aquí mismo, esperar la muerte, pero esa pelona lleva días rondando y no se digna en llevarme.

Uno no puede llevar la cuenta de tantas traiciones. Es demasiado el peso de tantas decepciones y uno se siente hasta cómplice del engaño, porque ya debimos estar curao de las mentiras.

Pero la esperanza de uno pues. Uno cree, porque no hay de otra que creer y nosotros le creímos al hombre, que iba a cambiar el país, que era el momento del cambio y como decía la gente “*este ya tiene mucha plata, no necesita robar*”.

Y caminamos, Antonio y yo, anduvimos la comarca entera buscando voto y ganamos, hasta celebramos de gusto las elecciones y mire usted, como estamos ahora...”

A veces a gritos, otras veces como un susurro, como un quejido, iba en ese penoso andar, masticando recuerdos que se perdían mezclados con los desvaríos, de la fiebre. Pero poco a poco, los recuerdos amontonados se fueron acomodando y su vida empezó a pasar lentamente ante él, como una película proyectada sobre ese fondo negro y profundo que le inundaba.

Todo había cambiado tan rápido; la euforia del triunfo electoral fue truncada repentinamente por una serie de hechos que develaban el carácter profundamente represor y autoritario del nuevo gobierno. Primero, fue el despido masivo de trabajadores públicos (incluyendo dirigentes); a ello se sumó el arresto arbitrario de más de 50 manifestantes en la ciudad capital y unas semanas después la promulgación de una ley que penalizaba con dos años de cárcel a quienes cerraran las calles durante las protestas.

En principio, habían minimizado los hechos argumentando que, en cada cambio de gobierno, se dan despidos masivos de trabajadores que pertenecen al otro partido. – *Es normal* – dijeron – *eso siempre pasa*. Guardaron silencio, durante el arresto de los manifestantes y en cuanto a la ley carcelazo, confiando en que esa ley, jamás podría ser aplicada a ellos. - *los bananeros no nos van a aplicar esa ley, aquí todo*

lo hemos conseguido cerrando calles; el hospital, las escuelas, las carreteras, los puentes, todo lo hemos conseguido cerrando calles; van a tener que meternos presos a todos, no habrá cárcel para tanto indio – así dijeron y así pensaron, confiados en la fuerza que les da su unidad étnica y la colectividad tradicional, histórica de su pueblo.

“Uno piensa las cosas y a medida que las piensa, se va llenado de coraje, de rabia, de tristeza, de amargura. ¿Cómo se han burlado de nosotros? ¿Cómo nos han utilizado? Y mira cómo nos desprecian ahora. – “Indio ignorante, ¿qué sabes tú de leyes?” – Así le dijeron al pobre Antonio en el partido, el día que fue a preguntar el asunto de esa ley, Antonio no se merecía un trato así, tan buena gente el Antonio, hombre de Dios, pero los partidos políticos son cosas del diablo, después de tanto sacrificio que hizo en la campaña, tanto que caminó buscando votos ¿para qué? ¿Para qué le pagaran así? no es justo...”

Ya llevaba un rato andando; agarrándose de mata en mata tratando de adivinar los surcos, de encontrar algún canal por donde andar, orientarse. Ya ni los grillos escuchaba. Las botas le habían pelado los pies, pero ni pensar en quitárselas, hubiera sido peor. Así, penosamente avanzaba sin otra guía que sus pensamientos, que sus más asiduos y dolorosos recuerdos.

Los sindicatos convocaron a reuniones conjuntas para analizar la ley, las conclusiones eran las mismas, los asesores, los abogados y todos los entendidos coincidían, en que esa ley significaba un golpe de muerte para el sindicalismo en todo el país.

Los rumores de huelga se fueron esparciendo de finca en finca, la gente estaba inquieta, nerviosa y, a pesar de que ellos estaban a más de 600 kilómetros de la ciudad, cuando el Consejo Nacional de Trabajadores anunció la huelga general, ya ellos tenían organizadas todas las fincas y apenas inició el mes de julio declararon la huelga. Una huelga de advertencia de 48 horas que se extendería por casi un mes y cuyos nefastos resultados quedarían marcados en la historia del país, del pueblo y de la gente.

Durante el primer día de huelga, se podía sentir el entusiasmo de la gente; alrededor de las sedes sindicales se congregaban miles de obreros; otros tantos permanecían en las fincas desparramados por las plantas empacadoras o reunidos alrededor de las ollas de café, que formaban parte histórica de los piquetes de huelga; pero nadie trabaja,



ni una sola fruta era cosechada, ni una sola caja empacada, ni un solo contenedor transportado; no había patrón que mandara, el sindicato controlaba la empresa y se hacía lo que los trabajadores decían. Se respiraba un ambiente de orgullo, del placer que da el ejercicio del poder colectivo que parece invencible, insuperable. De grupo en grupo, las voces iban formando un sólo murmullo grande y largo, como el mugido del río crecido, un río de gente a punto de desbordarse.

Pero no todos compartían el entusiasmo de la huelga, los dirigentes más experimentados y quizás por ello, los más prudentes, insistían en la necesidad de buscar un mecanismo de diálogo que les permitiera llegar a algún acuerdo, aunque fuera mínimo, para suspender la huelga. “Compañeros, es importante que busquemos algún acuerdo, aunque sea de suspender la ley, para poder levantar la huelga, no nos conviene que esta huelga pase de los tres días, porque como ya lo he dicho, todos sabemos cómo empieza un conflicto, pero nadie sabe como termina.” Como ocurre, comúnmente en estos casos, estas voces fueron ignoradas, rechazadas, interpretadas como debilidad y cobardía por las bases y hasta por los gobernantes, que eran informados, a través de los infiltrados en las reuniones sindicales.

Los días siguieron pasando sin cambio alguno en las posiciones del gobierno. Contrario a lo que hubieran esperado los dirigentes sindicales, al gobierno no le interesaba negociar, no querían diálogos, los ministros en lugar de tratar de calmar las cosas lo que dijeron fue que: “se trata sólo de unos grupos de indios ignorantes y borrachos que están vandalizando los comercios y agrediendo a la población. Esa fue la gota que derramó el vaso, fue la chispa que encendió el fuego que se extendería como un incendio voraz, arrasando todo el pueblo e impregnando de un humo negro y agrio, hasta los rincones más ocultos de las casas y llenando de luto a humildes e inocentes familias.

“Nos cegó el coraje, la rabia nos pasó como un relámpago y nos prendió la sangre, fue como si nos reviviera una rabia vieja aguantada por muchos años; nadie pudo contener a los muchachos, agarraron sus machetes y salieron en desbandada, con una gritería que daba susto, y fueron derecho al cuartel de policía.

Ese es un problema que tenemos, yo lo sé, por algo estoy aquí tirao en este bananal del demonio, con este cuerpo que ya se me está pudriendo encima. Nosotros to lo arreglamos a los golpes, así ha sido siempre, así será después; parece que nos creemos que tenemos tres guevos y siempre hay uno que quiere tener cuatro y pues allí va la trompiadera, siempre de envalentonaos, siempre de más machos y a veces uno con

eso no saca más que golpe...”

Seguía su conversar solitario, mientras deambulaba por los eternos bananales, había empezado a caer una lluvia menudita y fría, que se le iba metiendo al cuerpo como agujas finitas y le iba cobijando poco a poco, hasta que quedó completamente mojado.

Por más de cuatro días, un millar de ellos, sitiaron sin resistencia el cuartel de policías. Los más jóvenes, incluso niños, lanzaban una lluvia constante de piedras y palos sobre la instalación policial, esporádicamente y corriendo gran riesgo, uno que otro policía se animaba a disparar bombas lacrimógenas o detonaciones de perdigones, pero sin abandonar la protección del cuartel y con mucha imprecisión, los blancos en permanente movimiento eran muy difícil de alcanzar.

Los líderes esperaban, que más temprano que tarde, a los policías se les acabaran las provisiones que tenían dentro del cuartel, ese sería el momento de negociar con el gobierno. Ellos por su parte no tenían problemas, sobrevivían con café y banano hervido; estaban acostumbrados, podrían resistir meses sólo con café y banano hervido, pero los policías ni eso tendrían, así que sólo era cuestión de esperar, en cualquier momento se darían por vencidos.

Era evidente, que la ley, había sido el peor error que cometiera el, recién instaurado, gobierno. El país estaba paralizado, la huelga era general. En cada provincia había enfrentamientos con la policía; la Asamblea Nacional había sido cerrada y permanecía custodiada por antimotines; todas las calles cercanas al palacio presidencial estaban cerradas debido a las multitudinarias marchas que se organizaban a diario.

“Debe ser de madrugada, porque toy que tiemblo de frío, puede ser fiebre también, pueda que tenga fiebre. Es la tercera vez que caigo en estos sanjos del demonio, no se si tengo la cabeza rota, ya ni siento dolor, pero tengo el pelo empegocio. Mi mujer debe haberme dao por muerto, ya llevo días perdido, no sé cuántos, tres tal vez o cuatro, si tan sólo viera alguito, aunque fuera un bulto, el rescordillo del sol, pero nada, esta negra oscuridad que es como una brea, me tiene atrancado los ojos.

Yo no me arrepiento de la huelga, de haber tirado piedra como tiré, de haber escalabrado a ese policía; me



arrepiento de haberme dejao engañar, de haber apoyao esos maliantes.

Pienso en Antonio, mi amigo Antonio. Mucho aprendí con él, a leer a escribir y a sumar ...

La sed se le metía al cuerpo, al estómago como un puñal caliente; sentía apretado el pecho y las fuerzas se le escapaban con cada paso. La nueva herida en su cabeza no podía empeorar su deplorable estado, ya el cuerpo nos respondía a la sensación de dolor.

Se le hacían difusos los pensamientos, no sabía si pensaba, si recordaba o si imaginaba, era todo un desvarío, un desasosiego. El silencio se hizo más grande y entre ese hilvanar de recuerdos y entre esa tembladera, se quedó dormido.

Soñó que regresaba a su casa, que en la puerta del racho le esperaba su mujer con sus hijos y su nieta, una sopa de pollo hirviendo estaba servida en la mesa y atrás, en la hamaca, acostado y sin camisa, estaba su amigo Antonio. “Te habías perdido Benigno – le dijo con una amplia sonrisa, característico en él, pero cuando fue a levantarse para saludarlo, vio que tenía el pecho lleno de puntitos negros, no solo el pecho, también el cuello, la barriga y los brazos. De esos puntitos le empezó a salir un agua rojiza y fueron brotándole gusanos, miles de gusanos y le andaban por el cuerpo, por la cara, se le metían por los ojos, por la nariz y por la boca, hasta que le cubrieron por todas partes. Se despertó asustado, la fiebre y la sed le nublaban el juicio.

Trató de levantarse, pero ya no pudo, arrastrándose llegó a una mata de tallo y le entro a mordisco, el amargo jugo de la mata le arrancó la sed, le supo a gloria cada gota que bebió, mejor dicho, que chupó cual vampiro. No sólo le mató la sed, sino que sintió que hasta le aplacó el hambre. Ahora los recuerdos le regresaron más vividos.

Al quinto día de huelga, cuando parecía que finalmente la policía no resistiría el asedio, dos aviones y cinco helicópteros, aterrizaron de improviso. Unidades de fuerzas especiales y cargamentos de municiones. Fueron tomados por sorpresa, el aeropuerto estaba completamente despejado y fue tarde cuando lograron tomar el control de ese punto de entrada que no habían previsto. El conflicto estalló con toda su furia.

La policía atacó brutalmente cada frente de resistencia, cada trinchera. Primero fue algo caótico, los ataques inesperados por parte de la policía produjeron desbandadas, pero poco a poco se fue restaurando

el orden de batalla y para el medio día se encontraban definidos cinco centros de batalla: el aeropuerto, el puente, el cuartel de la policía y la entrada y la salida del pueblo.

Una especie de nube, de neblina picosa, se fue extendiendo por el pueblo, mezcla de gases lacrimógenos, pólvora, humo de llantas neumáticos ardientes que servían de barricada.

Los perdigones caían sobre los torsos desnudos, abrían la carne y se metían atravesando los músculos. No eran mortales, pero se metían hasta topar con los huesos y allí se quedaban. La policía disparaba a menor distancia, cada vez; el número de heridos y la gravedad de las heridas se incrementaban a cada hora; cientos de heridos. Mujeres, niños y jóvenes, los perdigones no distinguían sexo, ni edad.

Dos días después, ambos bandos estaban, prácticamente neutralizados. Los manifestantes esperaban que la policía, de un momento a otro, se quedara sin municiones, y en ese momento ellos podrían retomar el control del pueblo, pero ante la ausencia de perdigones, la policía radicalizó el ataque haciendo disparos selectivos con armas letales, desde la azotea de un banco.

“Quemamos el banco, es cierto, y qué podíamos hacer, estaban masacrando a nuestra gente. Si no hubiera sido por el cura y el doctor, hubiéramos linchado a varios de ellos. Nos engañaron, que iban a traer medicinas, que se iban a llevar los heridos más graves. Le dejamos aterrizar su avión y sí, trajeron medicina, pero también trajeron municiones escondidas en las cajas. Y sí, se llevaron a los heridos, pero saliendo del hospital los metieron a la cárcel.

De todo eso nos enteramos después, por el doctor Salvatierra, que vino a ayudarnos con el hospital improvisado que teníamos en finca 6. Ese sí es un hombre de Dios, ese sí se puso del lado del pueblo, ojalá ya lo haya soltado la policía, lo metieron preso por ayudarnos.

Después de eso, lo que vino fue la masacre, ellos recuperaron fuerza, se fueron de frente contra las barricadas, disparaban a la cara y a quema ropa, disparaban desde los helicópteros, disparaban balas de verdad y a nosotros nos tocó meterle el pecho...”

Intentaba seguir conversando sus recuerdos en voz alta, pero cada vez era más débil su voz, era un murmullo apenas audible, hablaba más bien para su propia consciencia que a cada minuto parecía abandonarle. Ya



estaba en el umbral de sus más dolorosos recuerdos y con ellos se le escapa el hilo de vida, que aún lo sostenía.

La policía envalentonada por los refuerzos y las nuevas municiones, decidieron dar el golpe final, el ataque total que definiera el conflicto. Los escuadrones militares se fueron tomando las calles una a una, lanzaban bombas dentro de las casas para hacer salir a los manifestantes que buscaban refugios.

La cantidad de heridos superaban los quinientos, la mayoría con heridas a quemarropa, con el rostro, el pecho y la cabeza cubiertos de perdigones, muchos no volverían a ver nunca más en su vida, otros morirían envenenados por el plomo, otros agonizaban en el centro clandestino de atención médica que el doctor Salvatierra había instalado, para atender heridos sin riesgo de detención.

Eran poco los dirigentes que aun permanecían en libertad, ya la manifestación no tenía ningún tipo de conducción, era el caos.

“Uno huele las desgracias, pero no se da cuenta hasta después que han pasado. Yo con todo y todo, tuve mis recelos desde que empezó la huelga, no era miedo, pero era como una brisita fría que me soplabo, de vez en cuando, las orejas.

Esa tarde me encontré a Antonio; estaba cambiado, el hombre. Venía del extremo del pueblo, de las últimas fincas. Yo le vi que traía metido algo en la cabeza, ningún asunto bueno; el nunca fue de andar acelerao, siempre fue calmao, pero esa tarde andaba con un apuro.

“Hay que agarrar a uno de ellos, algunos policías, pa obligar al gobierno que nos escuche” así me dijo. Esas no son cosas de Antonio, me dije yo, pero no le dije nada...”

Las fuerzas le habían abandonado por completo. Las laceraciones en todo su cuerpo; los golpes internos; la reciente herida en la cabeza; el hambre y la fiebre; doblegaron, finalmente, su voluntad. Inconscientemente, se fue entregando y resignando a la voluntad del destino.

Había perdido la conciencia del dolor, su pensamiento ahora divagaba en su cabeza sin una dirección definida y contaba a su conciencia los últimos recuerdos que aún conservaba, como si tratara de ponerse en paz consigo mismo.

“Era jueves; ocho días exactos, desde que inició la huelga; entre el estropicio Antonio me contó que las bombas tiradas dentro de las casas habían matado a un niño de meses; que la policía había atacado las últimas casas de las fincas, que entraban tumbando las puertas y abusando de las mujeres, incluso de las niñas. Antonio no me dijo, pero yo supe, de una vez, que una de esas niñas era mi nieta, la ahijada de Antonio, más nada podía explicar la rabia que traía marcada en los ojos”.

Más de veinte heridos habían sido reunidos, en el amplio patio de una de las casas cercanas a las calles, intentaban desesperadamente reanimarles. Sólo podían limpiarles con agua las heridas, no había otra cosa que hacer.

Un contingente policial se acercaba, detenían a todos los que encontraran a su paso: ancianos, niños, mujeres, sin distinción. Se concentraban especialmente en los heridos; eran los más vulnerables y además tenían evidencia de haber estado al frente de los combates. Una vez arrestados eran maltratados para que revelaran los nombres y los lugares en los que se encontraban los dirigentes, que, a estas alturas, ya casi nadie sabía.

Antonio, que había presenciado la brutalidad con que la policía irrumpía en las casas de las fincas más distantes, se le había metido en la cabeza una idea, una sola idea para salir del conflicto: “tomar de rehenes a la mayor cantidad de policía posible y obligar al gobierno a que parara la represión”.

Cuando el escuadrón entró por la parte exterior al patio en donde se encontraban los heridos, Antonio se decidió en concretar esa idea. Se levantó repentinamente, intentó atrapar al policía que había entrado por el lado derecho, pero el policía logró verlos cuando estaba a unos metros de distancia y abrió fuego a quemarropa.

Antonio dio media vuelta en el aire y calló de espalda junto a sus compañeros, con el pecho desgarrado por el plomo.

“cuando la policía apareció, pensamos en huir, pero no podíamos dejar a los heridos. Yo estaba junto a Antonio cuando lo vi levantarse y correr hacia la policía, y unos segundos después, caer a mi lado con un



hueco grande en el pecho, abriendo la boca grande como tratando de coger aire, trató de hablarme, pero de la boca sólo le salió un chorro de sangre; quise levantarlo para que no se ahogara; pero él se me quedó mirando con un mirada larga y transparente y se me murió en los brazos.

La mirada de Antonio justo antes de morirse fue lo último que vi; sentí como si me hubieran golpeado la espalda con una tabla llena de clavos, como si me hubieran tirado un brasero ardiente y me caí de boca, quise levantarme, pero a duras penas me puse de rodillas y después sólo escuché una explosión dentro de mi cabeza y todo se volvió oscuro, como una noche repentina y no supe más nada.

Desde entonces no he visto la luz, desde que recuperé el conocimiento he estado vagando en esta oscuridad, me toco los ojos y los siento hinchados, siguen votando un agua pegosa, siento la espalda pelada y me arde. El sol empieza a calentar de nuevo, ya no tengo ganas ni de arrastrarme, sé que me voy a morir en esta desolación, me da miedo que no me encuentren, que me pudra aquí en este bananal sin fin.”

Ya se había resignado a la muerte, ya lo que le quedaba de vida era poco, no tenía sentido seguir andado sin saber a donde ir, cuando escuchó un ruido, el ladrar de un perro, tal vez, se escuchaban lejos, pero le entraron unas ganas de vivir y empezó a arrastrarse, nuevamente.

Derechos de la mujer

Absorta, con la mirada fija en un punto indeterminado del piso, había pasado ya varias horas. Sus manos juntas, en medio de las rodillas, sudaban ese sudor frío característico de momentos como éstos. Adentro, a puerta cerrada, se definía el futuro de miles, de millones de mujeres; pero ella, la única mujer del grupo no estaba invitada; sola, en la amplia sala, esperaba.

Pensaba en que le hubiera gustado tener un hijo. Nunca lo había pensado, no era un deseo, tampoco un repentino despertar del instinto materno, era más bien un razonamiento lógico: “si tuviera un hijo, tendría más argumentos, tendría un sentido más concreto y más práctico”, pero no era así.

Confiaba en sus compañeros, siempre han defendido sus principios, sin contemplar los riesgos y habían enfrentado las consecuencias, con dignidad y heroísmo, pero con este tema y bajo las actuales circunstancias, era legítimo tener algo de duda, una incertidumbre fundamentada.

El tiempo se fue haciendo lento, era posible escucharlo pasar, a través de ese rasgar ronco y monótono del amplio reloj de péndulo empotrado en la pared de la sala. Afuera, la brisa se había detenido y el sol caía implacable haciendo más plateada la arena de la playa desierta.

Llevaban tres días en aquel lugar; la habían sacado, casi que a la fuerza de su casa y llevado hasta aquel cuartel militar, detrás del cual había una casona grande, amplia, de modesta decoración, lugar favorito del General.

Cuando esa madrugada tocaron a su puerta, se despertó de inmediato, hacía ya varios días que cargaba los nervios de punta. Sospechaba que era vigilada de cerca por la policía; había observado señales; a veces un caminante misterioso, otras veces un auto en marcha lenta y sin placa y en ocasiones no veía nada, solo sentía una presencia pesada, como si alguien la observara desde la oscuridad, cada noche.

Se había cuidado siempre de no hablar, públicamente, contra los militares y menos contra el General, aun cuando mantenía una activa participación sindical en la fábrica. Clandestinamente, por el contrario, había apoyado activamente las acciones de grupos irregulares de resistencia que luchaban contra la dictadura.

El riesgo era grande, los opositores activos contra el régimen, que eran detectados, desaparecían repentinamente sin dejar rastros. Los familiares le buscaban, inútilmente, en los hospitales y los cuarteles, pero nada, nadie sabía nada, simplemente no estaban.



Por ello aquella noche, no respondió al llamado, se quedó inmóvil ante la puerta. Tocaron una y otra vez y ella permanecía inmóvil, en espera de que de un momento a otro los militares derribaran la puerta y se la llevaran a rastras o la ejecutaran allí mismo. Al tercer llamado, Ignacio, el compañero del sindicato, le habló desde el exterior y el alma le volvió al cuerpo, abrió presurosa y se encontró frente a ella a su compañero con media docena de militares.

Ignacio le explicó que el General había ordenado una reunión urgente con los principales dirigentes sindicales del país, incluso los comunistas, recientemente legalizados, habían sido “convocados”. Ella aparecía en la lista, por lo tanto, tenía que asistir, no era una invitación, era una orden.

Al amanecer llegaron al cuartel, ya estaban allí, reunidos, no de buena gana, los representantes de todas las corrientes políticas del sindicalismo; Anarquistas, socialistas, comunistas, cristianos, y liberales.

A eso de las diez de la mañana apareció el General, sin más protocolo que un saludo seco, fue directo al grano y dijo tajante: “bueno muchachos, esto es lo que hay, vamos a aprobar este código de trabajo, para beneficio de todos los trabajadores. Revisen y propongan sugerencias; eso sí, les aclaro que no vamos a negociar nada. Ustedes proponen y nosotros veremos. Ah y busquen a ver cómo se hablan y se ponen de acuerdo, porque no voy a estar escuchando a grupitos”. El General se retiró sin decir más nada.

Durante dos días trabajaron acuartelados y al tercer día, cuando habían logrado un consenso, regresó el General, hombre de pocas palabras, tomó el documento, se sentó en el escritorio del fondo con un largo tabaco entre los dedos y una botella de Johnnie Walker Swing.

Leyó, en silencio, sin interrupción alguna, aun cuando entre los presentes se encontraba el ministro de trabajo, el General no se fiaba de nadie; quería leer personalmente los detalles de las propuestas sindicales.

El silencio fue roto bruscamente cuando el General dando un manotazo en el escritorio, gritó: “Esta vaina sí que no. Vamos dejándonos de ahuevazones, que se los dije y se los repito, coño, por si no lo han entendido. No vine a negociar con nadie. Su trabajo aquí es revisar esta vaina y proponer recomendaciones. No vienen aquí a inventar nada. Ese fuero y esa licencia de maternidad no están en ese documento, porque no van a estar. Así que me quitan esa mariconada de aquí. Roberto, ¿tú realmente crees que los empresarios van a aceptar esa vaina? Ponemos eso en el Código y de seguro me dan un golpe, apoyao por los gringos. Tú sabes que esos cabrones no están bien conmigo y desde

hace rato andan con ganas de sacarme y tú lo sabes, Roberto, o ¿Es eso lo que quieres? Y no me quedés mirando así, que bien se yo, que estas son vainas de los comunistas”.

Ni siquiera Roberto que había dirigido una célula guerrillera antes del golpe y que ahora era el líder de los sindicatos comunistas, respondió al General. Muchos de los líderes de su organización habían sido desaparecidos, pero no era el temor al General el que lo detenía, temía que se tomaran las represalias contra Agripina, si el General consideraba que eran ideas de él, pues no iba a discutir por eso, asumiría la responsabilidad.

Era un reducido grupo de 15 dirigentes y, aun así, el General no hubiera reparado en la única mujer presente, sino es porque uno de sus militares, le hiciera notar su presencia. Agripina fue sacada de la sala y desde entonces, no sabía si se discutía su propuesta o su suerte dentro del régimen.

Durante dos días había defendido ante ese grupo de hombres la importancia de incluir el fuero y la licencia pre y post parto, no en pocas ocasiones le echaron en cara que estaba defendiendo algo que desconocía. “Que era mejor algo, que nada”. Que insistir en ello podía matar en su cuna, al Código de Trabajo; pero ella mantuvo la posición y allí quedó planteada.

Desde que la sacaron del salón, dos de sus compañeros más cercanos habían salido en momentos distintos a pedirle lo mismo, que desistiera del asunto, que en otro momento se podría retomar, pero ella ya había llegado muy lejos, como para retractarse, tenía que concluir lo iniciado.

Ahora se acababa el tiempo, Agripina había reflexionado, había calculado cada una de las probabilidades y había tomado la determinación más importante de su vida. Cerró los ojos; respiró profundamente; se levantó pausadamente y avanzó paso a paso con la firmeza que sólo puede dar la convicción firme en un propósito.

Abrió la puerta con firmeza, nadie se percató, avanzó en medio del grupo que seguía inmerso en la discusión, Agripina, llegó sin ser notada hasta la mesa en donde estaba el General, junto a su Estado Mayor y se plantó decidida, frente.

“Aunque usted no quiera General, me va a oír y no me importa lo que sus hombres con o sin uniforme me puedan hacer; porque no podría vivir en paz, si no digo lo tengo que decir. Según yo entiendo General, usted nació de una mujer que, al igual que yo, fue trabajadora. Yo me pregunto, ¿Qué pensaría su santa madre, que en paz descansa, sobre el desprecio con el que trata usted, algo tan sagrado como el embarazo?



Porque ni usted, ni ninguno de los presentes en esta sala, podrá saber lo que significa trabajar en una fábrica o en cualquier otro lado, hasta el momento del parto. Parece que se les olvida que nacieron de una mujer y lo menos que pueden hacer, es intentar ponerse en su lugar. ¿Podrán imaginarse lo que significa cargar una criatura, nueve meses en el vientre? Tener que cargar, además, con el peso de la casa y del trabajo; con el peso de la vida, porque hombres, como muchos de ustedes las han dejado solas. Yo estoy aquí por ellas y es cierto, nunca he parido, pero ¿Qué mujer con hijos y con un hogar que sostener, tiene oportunidad de dirigir un sindicato? ¿Qué mujer casada tiene un marido que le deja ir a las reuniones del sindicato? Soy la única mujer aquí, quizás porque soy la única en la fábrica que no tiene hijos, que no tiene marido y que le tiene sin cuidado lo que hablen de ella en la calle. General, he tenido tiempo suficiente para pensar estas palabras y no me arrepiento de ninguna de ellas, por si decide matarme. Si me encierra, tendré más tiempo para pensarlas, pero no me arrepentiré, se lo juro por mi sagrada madre, yo sólo pido que piense en la suya, en cómo le gustaría que la hubieran tratado.”

El alegato de Agripina se extendió por un tiempo más, ante un auditorio enmudecido. Su rostro se había transfigurado, sudaba copiosamente y sus ademanes complementaban la firmeza con la que expresaba, las que quizás fueran sus últimas palabras.

Los militares presentes apretaban nerviosos los fusiles, el General había sido desafiado y la pena por ello, era la muerte, costaría matar a esa mujer, pero las órdenes son órdenes.

Agripina terminó de hablar, el General apagó el tabaco, cerró el portafolio negro que tenía entre sus manos y se paró frente a Agripina, mirándola fijamente por unos segundos, luego se retiró sin palabras.

Los militares se aseguraron de que los dirigentes volvieran a la ciudad, pero, además, de hacerle saber de manera muy convincente, de que, para el resto del país, esa reunión, jamás se había realizado.

Agripina fue obligada al exilio y nunca más se supo de ella, meses después, la legislación laboral, reconoció la licencia de maternidad y el fuero de embarazos, como derechos de la mujer.

Fin

CATEGORÍA



CUENTO

CATEGORÍA



POESÍA



PRIMER LUGAR

POESÍA

ONÉSIMO ANTONIO SÁNCHEZ SARMIENTO

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO

Colón



SEGUNDO LUGAR

POESÍA

GENARO VILLALAZ GARCÍA

LOS DIÁLOGOS DE LA MEMORIA

Panamá



TERCER LUGAR

POESÍA

ANETH SAMUDIO VEGA DE CORREA

EL DESPERTAR

(CIEN AÑOS DE DIÁLOGO SOCIAL)

Panamá



MINISTERIO DE TRABAJO Y DESARROLLO LABORAL

REPUBLICA DE PANAMA.

CONCURSO NACIONAL DE LA CULTURA LABORAL

I.P.E.L

PREMIO 2019

CATEGORÍA POESÍA

TÍTULO DE LA OBRA:

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO

100 AÑOS DE DIÁLOGO SOCIAL

SEUDÓNIMO: EL MILITANTE

POEMA I

Allí en esa voz, fecunda halagadora

tupida en el grito centenario

surge con la claridad del Olimpo,

la voluntad divina de Versalles.

La metáfora de pañuelos amorosos,

destilando inusitados vítores

cien años estampando las esquinas,

llenas de ventanas centinelas.

La voz interior del horizonte,

la noche de los ayeres colectivos

que de momento proclaman en coro

el vibrar de las tablas transparentes,

cálidas en el despertar del tiempo

que fraguan su fibra al pétalo nocturno

proclamando el destino venturoso.



Que aflora en su doctrina de vida
la aurora afectuosa inagotable,
encendidas en antorchas de Universo.
En un resucitar de alegorías y de sueños,
cien años de un colosal encuentro
que guarda los principios esenciales,
halando la madeja de bondades
respirando un pletórico destino de justicia
abundante y diáfano en su aurífero esplendor.

POEMA II

Prístino y largo fue el camino,
en la Europa del idioma y de la ética
allí se conjugaron las aguas oceánicas
los tornillos mágicos del trono
los lazos maduros del proscenio,
la agonía que no se esconde
porque recogen la voz del hombre.
El elemento místico inseparable
la sustancia inspiradora,
médula que matiza el valor del tiempo,
la presencia de las gargantas infinitas
animando el cúmulo de lucha
que dúctil emerge de esa levadura
alineada con el reclamo de la noche
intrínseco en su carácter soberano.



Clamor sembrado de azabache
con la prosa, química avivadora
el iodo abarcador del sacrificio
abriendo sus plumas de ancho cielo.

La brújula del sublime centenario
hecha de arcilla y láminas de sol,
cien años de conducta memorable
con el calor de las zafras proletarias.

La convivencia entre hermanos
la vitrina que guarda con recelo,
el elemento vital siempre alerta,
la doctrina evolutiva universal
que nos brinda su presencia
al compás de un himno de victoria.

POEMA III

Cíen años de trigo matutino,
cien años de impecables compromisos
vestidos de sueños cotidianos
allí en el lugar más esplendoroso,
con el lenguaje de la verdad fecunda
donde caben tantas esperanzas
en la indeleble tinta mitológica
que conjuga muy cerca del oído
el valor del desafío afluyente.
El destello del bronce melodioso
esa campana cruda y surtidora,
bálsamo imbuido en combustible
que trae de la claridad del cielo
la inercia de las fuerzas esenciales.
El polvo gris de los caminos



el punto cardinal sobre la arena
aferrado al compañero centenario
con la bandera sacudida en carmín,
para llegar al pendón de terciopelo
pintado en los ladrillos amorosos
junto al carbón de pentagrama,
allí donde se bifurca la emoción natural
de cien años de esfuerzos tripartitos.

POEMA IV

La justicia laboral, formal y tutelada
descubre su clarinada centenaria
recorriendo el místico sendero.

La fruta de los primeros sindicatos
que como todas las cosas memorables
con el puño de dura cáscara
golpearon las puertas dormidas.

Hundieron en el emblema fósil
las plegarias y eternas oraciones
enterraron sus amuletos ideológicos
se entregaron a la lucha colectiva
abriendo sus arterias afanosas
pletóricas en chimeneas escarlatas.

Allí en el corazón de la mecánica distante
cruzada por rieles paralelos
donde el aire acaricia el paisaje

mitigando el dolor del niño obrero,
que tímido reposa en la intemperie
tragándose las estrellas de la noche,
junto a su cálida herramienta.

Refugiado en los cantos anarquistas
deidad abrumada en las cuerdas del martirio,
la huella geológica, cruz elemental
cien años destilando la sustancia
en el átomo del tiempo y el espacio
madurando, cien años de espigas infinitas.

POEMA V

En el viejo continente de conquistas
se fraguó la convergencia de una clase,
el zócalo fecundo traducido en antorcha
reflejando el ánimo creativo
de la vanguardia abarcadora,
surgida de la ahumada y el azote.
Nutrida y afectuosa del espíritu de lucha
que avanza con la marcha tricolor
con el fervor de lágrimas profundas,
sin renunciar a las huelgas fulminantes
sin profanar el abrigo de ovaciones,
que despiertan los balcones celestiales
de una Francia sublime e inmortal,
con toda la esencia telúrica
de un tiempo de añejas catapultas



paradigma de un viejo sacrificio.

Sin olvidar el encuentro paternal

en la distancia del siglo diecinueve

la fuerza de las tribunas públicas,

el amor de los viejos camaradas

que guardan en la piel de fuego,

el clamor del abecedario socialista.

Reclamando pan para sus hijos

en el desvelo de estar presente,

con la receta de un pasado halagador

cien años de congresos y convenios,

que cubren el amanecer de sus heridas

en el coloquio inalterable y fértil,

que pinta la sustancia del agua cristalina

con la voluntad de cien años de amapolas.

POEMA VI

Cien años de caminos fraternales
reclamando un verso del poema sincero,

cuajado en los avatares del tiempo
en el ruido costurero de la máquina,
las inquilinas, calderas encendidas.

La afinidad con los relámpagos
la resonancia del duro acero,
el misterio tañido de las lámparas
ceñidas al lienzo coronado
con el núcleo primoroso del querubín,
en el centro del huerto compartido
sembrado en el pentagrama onírico,
de solitarios poetas y apretados artesanos
buscando la dinámica celeste,
masticando la vigilia de valores,
sin abandonar la estructura familiar.



El calor de su ropa de urgencia,
la música que engalana los salones
la alquimia de la sangre proletaria,
allí en la tarde de la espera.
El cofre de las horas de Galia,
los clamores fecundos y afines
ungidos en la colmena laboriosa,
que invita a llenar nuestras manos
con las flores rojas del alma,
en la obediencia de admirables avenidas
allí en el sonar de las sirenas
de cien años de candilejas y destellos...

**XXXIX CONCURSO NACIONAL
PREMIOS IPEL A LA CULTURA LABORAL 2019**

“Organización Internacional del Trabajo: 100 años de Diálogo Social”

Título de la obra: Los Diálogos de la Memoria

Categoría: Poesía

Seudónimo: Budapest



Índice

Los Diálogos de la Memoria

3

LOS DIÁLOGOS DE LA MEMORIA

1.

Nacimos del innegable secreto de la madrugada,
en la delgadez de los mares donde alimentamos el silbido del aire
con fragmentos de luz que bailan ante los espejos;
en la sincronía de las espumas
que alcanzan la plenitud de la madurez,
en las gotas de sudor tatuadas en los abismos
y en aquellos lugares donde aún brilla la tierra prometida.

Vivimos ocultos en sueños cosidos a la almohada,
aferrados a la angostura del sol, a los rubores de la historia,
a los relámpagos garabateados en el aire,
víctimas de las dualidades marcadas en la piel
y el lenguaje de los cuerpos.

Borramos los rastros que suelen desnudar a los hombres
y dejarlos en guñapos
esparcidos en el invierno
que antes creíamos triunfales sobre la tierra,
y que nos hacían sentir vivos ante los derechos a diálogos justos
y las olas que inundan nuestras playas.

Morimos ante la realidad ineludible
que estuvo cerca del arcoíris
con el dolor atado a los cuerpos sudorosos
que iniciaban la jornada
invocando a los dioses de todos los cielos
con discursos perturbadores
que hoy reclaman un final honorable.



2.

Es que a veces no alcanza el tiempo para mostrarnos las tempestades
que construimos con las ventanas abiertas
y las manos llenas de vejigas.

Es que a veces huele a humedad
e imaginamos historias mágicas sujetas a los vértigos del cuerpo.

Es que avanzas en una marcha nupcial
creyente de verdades sin descubrirse
aunque nada es más ficticio que las palabras escritas en el aire
que sirven para impregnarnos con retazos de ausencia.

Llegas a las puertas del nuevo amanecer,
confiado que ahora es el momento para despertar de la pesadilla,
atrapada dentro de una bola de fuego
que apareció ansiosa sobre el camino
y nos trituro a pesar que nos aferramos
a las resonancias del amor.

3.

En esos años la memoria estaba oculta en el tuétano de los huesos
y fuegos artificiales estallaban en el cielo
con fogajes multicolores
que divisábamos desde las ventanas.

Los columpios se movían ante el peso inerte del depredador
que nunca vacilaba en explotar al proletariado
y las hojas de los árboles se despegaban del suelo
para atravesar el espacio
y caer a los pies de aquellos que con máscaras de hielo
sujetaban al mundo por los bordes.

Hace años la memoria era indiferente,
los cuerpos que avanzaban ante testigos impasibles
con sus miles de recetas estampadas en los pasaportes.
Pensábamos en agonías forjadas ante la espera del sentido común.
Escuchábamos las campanas de la victoria,
la voluntad del reencuentro donde reposaban los frutos de la memoria,
el canto de los pájaros en todas las esquinas,
esas ganas de quedarnos quietos a la espera de sorpresas
que nunca llegaban ante la huida presurosa
de rostros imposibles de rastrear.

**4.**

Hasta que pase el mundanal ruido
y las palabras puedan pronunciarse con alegría,
reviviremos los bríos que sólo permite la libertad
aún precaria en muchas latitudes,
aunque huele a espumas y colores.

Ante la victoria de los obreros que empiezan los días
con el temor de volver a ser desechados de golpe,
valdrá la pena contagiarnos de los designios
que están al alcance de la mano,
con las bondades conquistadas por el aire puro
que aún lucha por pegarse a los pulmones,
por la herencia que sigue esperando
que el espíritu asuma de golpe la ofensiva final.

5.

Cuando se pueda apagar las hogueras del abuso cotidiano
y repeler todas las raíces moribundas con cantos libres
como la ternura de un abrazo,
detendremos el oleaje de los mares que rasguña la herrumbre
para dar paso a la puesta de sol, a los argumentos de la niebla,
al primer día del resto de la vida.

**6.**

Sólo es posible hallar el futuro al doblar las esquinas,
construir esos artilugios que siguen envueltos en la conciencia humana,
entender los gestos del hombre
sujetos a los sentidos que enmudecen cuando dejan de funcionar
y quedan atrapados en una caja cerrada.

Es cuando la rebeldía aparece con huellas ardientes sobre la piel
y evocas el momento donde los temores impactaban al febril corazón
hasta alcanzar a los crucifijos colgados del pecho
ante el sopor de lágrimas en una noche de estrellas.

7.

Es cuando las noticias dejan de tener importancia
y los rostros del hambre cuelgan en todas partes
ante barcos de papel hundidos
cuando el sudor marca la memoria contada por los triunfadores.

Es cuando solo tienes que abrir una puerta,
caminar con la frente en alto
ante el reto del trabajo decente
y los hallazgos aquietados en la intemperie.

**8.**

Sólo los diálogos son posibles si la voluntad lo propone,
en tiempos donde la pubertad escapó por la puerta trasera
y la certeza quedó pisoteada.

Esos diálogos llaman a respirar con los pulmones abiertos
y mostrar la otra mejilla
sin miedo a mezquindades escondidas detrás de la puerta,
abierta con sólo chasquear los dedos
con el ánimo de empañar la habitación con una sonrisa necia
que se asoma en las piedras que bordean el agua
y recortan los tupidos bosques
hasta dejar el cristal de la luz a la intemperie.

Los diálogos son necesarios para iluminar los pasillos
y envolver los espacios contaminados
con nuevas formas de abrazo nacidos en el insomnio
donde la memoria permanece amarrada a las patas de la mesa.

9.

Estuviste sin querer en el inicio, en el llano que parió a la criatura,
cerca del fuego que brotaba de la mirada,
sobre la mesa servida para los invitados.

Estuvimos sin querer apresados por las turbulencias del viento,
colgando de una soga en el frío bosque,
tatuados en el reverso de una carta de naipes
ante la agonía pisoteada
en el vasto porvenir lleno de silencio.

Por eso es mejor guardar silencio, dejar que la resaca disminuya,
permanecer atorados en una trinchera en el arrabal
con las ganas imaginadas en el ardor del fuego
donde guardamos entrañables secretos
que conocen solo las mariposas
aferradas a los lenguajes de la tristeza
y las trampas de la locura.

**10.**

Somos voluntad sobre la hierba fresca, propuestas que escapan al raciocinio,
pasiones que controlan las manecillas del reloj
para limitar al cortejo a sonidos imperturbables
que se gestan dentro de la conciencia
y quedan tatuados en lugares nunca habitados.

Con esas reglas del juego, aparecemos en las virtudes humanas
y derrotamos los desvaríos que flotan a la deriva
con aullidos que nadie sabe de dónde vienen
y la plenitud sobre los surcos de la piel.

11.

Aquí es cuando requerimos diálogos transparentes,
juramentos con la mano levantada,
nuevas oportunidades para entendernos,
en el mundo actual que siempre sorprende
con su ración de huesos rotos.

Aquí las lágrimas asoman por las tardes,
con vestigios de aquellos rencores
que aún yacen tras las huellas del caracol
donde las espinas siguen clavadas en la ingle.

Absorbemos el tuétano que abandona las cavidades del cuerpo
y está regado sobre la cama vacía
ante los rayos de sol marcados en las paredes
y los terciopelos sembrados a duras penas
en los años de la globalización.

Aquí es cuando las caléndulas pisotean las planicies
y las lloviznas derraman la resignación
en el invierno más cruel de los últimos años.

**12.**

Los obreros abren los ojos, construyen la dignidad con las burbujas del nuevo mundo.
Habitan en los rincones del espíritu, se mueven por el borde de los precipicios
en busca de imprevisibles murmullos prendidos a la almohada.
Barren las calles con sus herramientas de luz,
congelan los rayos de la noche con restos de hierba fundida
en los espacios donde sólo llega el ojo.

Inician el día con la devoción sostenida por plegarias
que rebasan los sueños envueltos en las sombras de la tarde,
en las máquinas que sustituyen las manos de los trabajadores,
en las crónicas de aquellos días ocultos en los calendarios que solo son migajas.

Miran el mar desde el fondo de la voluntad
para apearse a las manecillas del reloj que marca el destino.
Sostienen con las manos puñados de tierra que sobraron del último naufragio
cuando aún quedaba oxígeno en los pulmones.

Hoy los sueños son vestigios de piel con el corazón triturado,
musgos pisoteados por los espejismos del mediodía.

13.

Habría que reconstruir los diálogos perdidos,
cantar en los nuevos hemisferios de la conciencia,
derramar las verdades en la mesa
y reinventarnos para construir la memoria.

Navegar por el agua dulce sin más tripulantes
que los sonidos de las hogueras que alumbran los rincones
y se apagan con un soplo de dicha.

Atravesar los mares en una fragata para recordar el llanto de los hijos,
los hábitos de la nostalgia, el espasmo que deja la noche
cuando te sumerges y no encuentras la superficie;
rescatar a los sobrevivientes y dejarlos en la orilla
para que encuentren el camino, las bifurcaciones,
los cantos de sirena que apresurados se repiten
y dejan ciego a los que avanzan a paso lento
sin siquiera una palmada sobre el hombro
que los pueda alentar a seguir
por la senda desmembrada del vacío.

Todo acontece ante la mirada inerte del convidado de piedra
que sigue a la distancia el cortejo fúnebre
y que, con miles de pretextos, decide guardar silencio
ante el destino propio de los que escogen el lado equivocado.

**14.**

Hoy todo es como un cometa azul enredado en las ramas de un árbol,
la lluvia irrumpe en una tarde de verano;
la casa continúa con las lámparas apagadas,
el soplo del mar imagina la infancia que guardamos en los recuerdos,
el último relato queda abierto sobre la mesa
con manchas de tinta que acecha en los callejones.

Es un diálogo ineludible que merece mejor suerte
y la seguridad de que la travesía siempre tendrá escollos.

15.

Los designios siguen escritos en las paredes, aguardando noticias vespertinas
que impotentes, se alojan en el subconsciente,
y trastocan la alegoría de los ojos,
la corteza del hombre envejecido con su ración de ironía moribunda
en la tierra sinuosa que nunca abandonará
y ante los ruegos ahogados en los rincones de la penumbra.

**16.**

Nada habrá más que el hombre
y su diálogo permanente que imanta el pecho
hasta acabar en los impotentes suspiros de la dicha,
en los gestos que nacen del alma grande
y se sujetan desesperados a las marejadas de la tecnología
que envuelve todo en remolinos
y queda atrapada en bancos de arena cuando la marea baja.

Sólo queda la penumbra que deja desperdicios de polillas
que volaron libres en el pasado,
que aún no encuentran puerto seguro
donde superar las aflicciones.

Queda la palabra abrazada a eso que más le tememos,
a ciudades levantadas con columnas de azúcar derrumbadas con la brisa del mar
entre los desechos de los peregrinos
que intentan levantarse del más cruel de los tormentos
y habitar dignamente la burbuja del mundo actual.

17.

Podrán imponer la voluntad, cerrarnos los ojos,
cegar a los obreros empapados con los torbellinos de la bestia negra
que aún continúa empujándolos hacia los barrancos
con la insaciable miseria
que sobra en los espacios intocables del cerebro.

Podrán prepararnos el camino para abrir las puertas
a través de nuevas identidades inventadas
para teñir los días de colores opacos.

Todo depende de las respuestas que agita las banderas del cuerpo humano
para pintar acuarelas resistentes a la lluvia
en un esfuerzo por encontrarnos al pie del cañón
al escuchar el canto de los gallos al amanecer.
Depende de la voluntad concebida en las gotas de rocío
y acumuladas en los mares profundos,
en la más delgada línea del horizonte donde señalará la senda
por donde avanzaremos en busca del aliento
hasta el triunfo definitivo.

**18.**

Para todos los hombres sobran las palabras,
el frío arrecia sobre la tierra, el mar y sus honduras,
los libros prohibidos, los abismos, las comuniones inconsultas,
los destellos del hambre, los sarcófagos vacíos.

Sobran los diálogos innecesarios, la pobreza profanada
por los vendedores de esperanza,
la tenacidad del obrero salvando el día
con los simples milagros de la perseverancia.

Sobran los recuerdos persistentes en la memoria,
los yunques que impiden caminar sobre carbones encendidos,
las tumbas que nunca serán abiertas
y las musas que esperan el vuelo del águila.

19.

¿A dónde fueron los llantos amargos que reemplazaron la esperanza?

¿A dónde fue la pubertad que apareció por la puerta?

¿Dónde están los baúles de piratas que abrimos de niños?

A veces duelen las paredes que dejaron de pintarse
y el atardecer llenó de ofrendas al Dios equivocado.

¿Dónde está la rosa de los vientos?

¿Los cantores del futuro?

¿Las búsquedas de los cometas extraviados,
los juegos lúdicos guardados en la alacena?

20.

Es que seguimos el juego de los que disparan balas en la lluvia
y olvidamos que somos estaciones de agua
llenadas con soplos de vida.

21.

Ese es el destino de los témpanos de hielo.

Nunca se apagan en el silencio

a pesar de los esfuerzos de presagiar las entrañables noticias

que siguen sorprendiéndonos

donde la pubertad estuvo atrapada dentro de una botella,

cerrada con pedazos de corcho.

Es que sólo estamos vivos

y el cortejo avanza ante la mirada atónita

que no acierta a adivinar las intenciones de la modernidad.

22.

No es posible que maquillen la escarcha caída en los parques
con colores fogosos
y límites suspensivos
ante el llanto miserable de los que acuden en busca de respuestas.

23.

Dialogamos para envolver con racimos de aire los desechos de la sociedad
y dejarlos a la intemperie con los puños cerrados.

Somos un árbol que se resiste a ser cortado por los verdugos de la memoria
y que ante la implacable calamidad,
construye puentes en los letargos del ocaso para esparcirse en el cielo
y celebrar la victoria de los justos con solo batir las alas.

24.

Casi nos creímos las palabras maliciosas, los sueños con frases maquilladas,
los intereses envueltos en pensamientos
y ráfagas de aire maloliente.

Casi nos sentamos a esperar que los demás pasaran de largo,
entre quejidos escuchados en las esquinas
y reflejos de ironía, vicisitudes del océano,
flores marchitas que sobreviven ante el inefable silencio.

¿Habrá alguna señal en el cielo que nos abra los ojos?

¿Habrá alguna marca en el vasto océano que nos devuelva los sueños?

25.

El diálogo es necesario,
siempre lo será ante los reflejos de la aurora
que obligan al común de la gente a distanciarse
y quedarse en la sombra.

26.

¿Será que sólo faltan los rastros de la sal insertados en la piel
para sentir el escozor que pernocta en la conciencia?

27.

Tal vez la única fórmula de salvarnos será imaginarnos como criaturas fantásticas
que saciaron los sarcasmos de la médula ósea
y se perdieron por los desagües del mundo
hasta aparecer en el fondo del mar bravío
cuando las olas reventaban en tierra firme
y los suspiros se aquietaban en los pulmones
sin reflejar los sabores de la vida.

**28.**

La memoria dilatará el ojo maravillado por los cantos del alba.

El miedo quedará hospedado en el olvido más sutil

a la espera de los abecedarios

que reemplazaran el silencio

con palabras disfrazadas ante sucesos

que rociarán los arrabales

con vestigios de luz permanente.

29.

La rutina habrá perdido la batalla
y los pájaros de fuego volarán sin rumbo conocido
en medio de las tormentas de verano
y el desahogo abandonará la vida
en un cortejo de colores.



30.

Las azoteas dejarán caer gotas de lluvia
ante la vaciedad de las gargantas
que antes fueron devoradas por la codicia.

31.

Siempre habrá palabras en el aire,
despedidas con el insensible olor a cardúmenes de mar
sujetos a las aguas de la bahía.

**32.**

En mis córneas aparece la imagen de labios que reflejaron la dicha insaciable,
ante las caléndulas que flotaron ansiosas
en pozos con agua de lluvia
que siguen floreciendo en los años nuevos
atenazados de los recuerdos más absurdos
que danzan todavía sobre la espera.

33.

Quizás habrá palabras que sumen o resten
o escondan los prejuicios en las máscaras de goma
que abundan en todas partes,
con el rubor contenido en los anhelos
que a veces arrulla con sus cantos de cuna
y en otras sacude con espasmos de fuego,
a pesar que nunca aprendemos a identificarlos propiamente
o que observamos los desvíos en el camino
y las órdenes que dictan los encargados de turno
cuando agujonean los fragmentos de las palabras
y las dejan sumida a la intemperie.

34.

Seguiremos en estado de espera,
en los templos contruidos con gotas de lluvia
que aún están en la escena de crimen
quejándose del acecho de la fiera a leguas de distancia.

Repasaremos las miradas vacías de los que sudan por la indolencia
y la derraman en todos los rincones,
como si fuera posible envolver los cementerios
con cajas repletas de gallos de pelea.

35.

El diálogo es necesario ante las horas que escapan por la puerta de atrás
y se esconden en lágrimas de cera.

Navegamos a través de los mapas prohibidos,
atrapados por la lejanía de la tierra paralizada por los recuerdos
con el inmenso resplandor de las profecías en el horizonte.

El diálogo es la respuesta, la imagen más hermosa del cielo,
con cien años de historia construida
con la urgencia de una tormenta tropical
y con la paciencia de cientos de sacos de arena,
amontonados sobre la nieve.

**36.**

La memoria quedó vacía.

Simulaba desventuras que voraces, aprisionaban las palabras
en lenguajes imposibles de entender.

Desangraba las cavidades del cuerpo
con murmullos envenenados por el aire hasta dejarlo indiferente
a las lágrimas que mojaban los pañuelos
y los arrullos dispersos en la madrugada.

Sólo sabía que el olvido era innecesario
con esa brevedad que amamanta las intenciones
y sueña con la historia
que dejamos en la alcoba con esas extrañas formas
del calor cuando golpea la nieve
y la diluye hasta emerger el agua viva.

37.

Nunca entendí la propia naturaleza humana
cuando las voces disidentes se multiplicaban en el cielo
y carcomían con indiferencia la transparencia del agua.
El secreto de las profecías separaba a los mundos,
el mundo seguía abierto a las historias más increíbles
y cubierto por la agonía permanente
cuya herencia soltamos a una jauría de lobos
que bostezaban ante las cuerdas de reloj.

**38.**

Quizás no estaremos hasta el final de las aguas
que seguirán hacia el mar de los céfiros,
con la voluntad atravesada por herejías
sujetas a los murmullos en la niebla.

No olvidaremos el origen de los gritos que asolaron las plazas,
deshicieron los rubores del rostro del hambre
y se escondieron en los templos sagrados
para ser devorados por quiénes aparecían por la puerta.

Quizás el sol marcó sus símbolos en la piel
ante el asalto de las fieras que atacaron en la oscuridad
y cegaron a los que tercos, persistían en mirar la indiferencia
que actuaba sin apariencias para esperar el atardecer
y el eco de los vientos.

39.

Me pasa que a veces los rumores sacuden el espíritu
con fotografías superficiales, ritos enterrados en los árboles
y pájaros de hielo.

Vuelan sobre las miserias donde navegan los buques fantasmas.

Recuerdan los actos de fe
ante el titubeo de los cuerpos sobre la cama
como una maldición que brilla en la oscuridad.

Pretenden ser una playa extensa con arena de colores
e impulsos refugiados en el vértigo,
en conjuros escondidos en casas deshabitadas.

**40.**

La lluvia es un terciopelo de agua,
inunda con sus cristales los parajes más recónditos,
fluye por los abrevaderos del espacio, las vertientes del bosque
y los pasadizos mustios.

Huele a flores silvestres,
a diálogos que rindieron frutos,
a cantos que ahora resuenan en los templos,
en el vasto océano, en los arcángeles de luz,
en la dicha de la mariposa.

41.

No hay nada oculto bajo el sol cuando la vida marcha con los ojos lluviosos
y queda enredada en las ternuras del cuello
ante los coágulos del sol
y los peligrosos terrenos
donde la humildad brilla lejos de los días
en que el corazón caía a pedazos de la mesa
en el barrio donde los libros volvieron a abrirse
y las madrugadas dejaron rastros sobre los pupitres de canela.



42.

Hoy me cuelo entre los espacios del humo
y cubro de cenizas el metal de las campanas
donde los sonidos quedan resignados a las catástrofes del día.

43.

No es más que diálogos centenarios los que rodean a los transeúntes
con la voluntad de carne y hueso
y pájaros en jaulas de papel.



44.

Tras un largo viaje sólo queda la pubertad
atada a los hilos de la lluvia
y a los diálogos de la memoria.

SECCIÓN: POESÍA

TÍTULO DE LA OBRA:

**EL DESPERTAR
(Cien años de diálogo social)**

SEUDÓNIMO: SOLEDAD

**MINISTERIO DE TRABAJO
IPEL**

“Voy por mis arcos a la luz del tiempo.
Sobre mi va quedando
La distancia doliente, enajenada
De mi confuso sueño”.

Arnoldo Díaz Wong

Índice

Página

CANTO I.....	1
CANTO II.....	5
CANTO III.....	10
CANTO IV.....	15



CANTO I

En un mundo de ensueños...

De espejismos e ilusiones...

Los hombres y mujeres

Se despiertan en los caminos

Y consignan sus esfuerzos

Como nuestros campesinos.

Atrapan las horas y los minutos

Con sus faenas...

Abrazan la historia...

Con sus luchas y trabajos...

Esculpen un incógnito silencio

Que despliega

Infinitos desvelos en la arena.

Las mujeres mitigan sus metáforas,

Impávidas con el cansancio

Tras largas jornadas...

Azotan los segundos en los talleres

Que castigan

El reloj situado

En una esquina con cada amanecer...

Trascurre
Lentamente,
Paso a paso...

En una esquina, a lo lejos,
En el firmamento:
Una vendedora
Ofrece sus frutas
Y legumbres
En una calle incierta
Arropada por el viento.
Vende los productos de su huerto...
Los nances, mangos
Y naranjos...
Su voz clama
Como una vorágine
Entre el viento galopante
Que se disipa entre las hojarasca divergentes
Ante un arrozal caliente...
Entre las esquinas
Y veredas mustias de los caseríos.

Las frituras

Enriquecen los aromas

En los bulliciosos vecindarios

Que son visitados por dos ríos.

En una carretilla

El raspado

De mil sabores

Endulza la boca

Como el arcoíris el cielo...

El buhonero salpica a cada paso

Desplegando su manto

Impregnado de tesoros

Tras largas bofetadas de sudor

Que le brinda el sol...

Los transeúntes

Compran las baratijas con gran amor...

Los soldaditos de juguetes,

Las camisillas,

Las banderitas

Y los tejidos esculpidos

Entre años de angustias...

Las costureras,
Diseñan con sus máquinas antiguas
Y bajo el cansancio
El tricolor del oro...

Un orador enloquece con su silencio,
Con un discurso
Que penetra el alma...
Despertamos con la libertad.
Con el desarrollo
Entre un diálogo social
Que florece entre los géneros y la ancianidad...
Una mujer con su despertar
Abre el cofre de los deseos
Con su esperanza impávida y familiar,
Desea dormir tranquila
Encaminando al hombre
Con sus consejos
De antaño.
Despertamos con un crucifijo,
Rogando a Dios por nuestros hijos...



Con el tintinear
De los objetos vendidos
En las márgenes de las avenidas
Estrechas y viejas
Los turistas compran una vida y un sueño...
Se anuncia la niebla con su manto frío...
Helando las piernas desnudas
De las mujeres que transitan por las calles,
Calladas, enseñando sus enaguas...

CANTO II

Nace en cada elección como en un viñero:
La educación, la vivienda y la salud
Que se pierden
Entre los dichos
Y las promesas vacías...
En los caminos
Y en las calles atropelladas
Cae el silencio nocturno
De los emprendedores.

Mientras el alfarero
Moldea los platos de barro de los trabajadores.
El carretillero
Impulsa con el viento
Un pregón,
Que en cada esquina
Alimenta las sílabas:
¡Plátanos, culantros,
Aguacates, frutas...!
El cálido sudor
De la mujer que trabaja,
Humedece
La semilla que cabalga en la tierra...
Se siembra el árbol con cada pincelada
Que crece cada mañana...
Entre quimeras
Que retoña el fruto
Que alimenta
A los vástagos
Cuando se afanan...

El ingeniero y albañil
Levantán las mágicas estructuras ancestrales
Construyen casas fugaces
Y edificios en los cielos
Para los niños
Que convergen con la luna y los recuerdos...
Se vislumbra
A lo lejos el fogón
Con pinceladas de lenguas de fuego
Que abraza con su llama ardiente
La paila con sus hojaldres,
Empanadas y tortillas...
En la cocina,
Una frágil mujer,
A duras penas
Se le ven sus costillas...
En el zaguán oscuro
Las espaldas que trabajan
Se cansan
Tras levantar
El quintal pesado,

Trasladado

Por los hombres erguidos.

Acompañados

Por esos hombros sufridos...

En los estadios

Se venden gorras

Que engalanan los días patrios...

Los niños

Se levantan cada mañana...

Miran los cuadernos y libros

Con sus escritos

Y sus figuras galopantes...

La luna brilla,

Espléndida,

Desdobla

Las vocales coloreadas

En la inmensidad del cielo...

En unos escaparates

Están las quimeras

Con sus fantasías...

Entre el paraíso y las estrellas...

Entre un lapso
De vida y de amor...
Entregando el dolor al viento...
Los obreros
Levantán los martillos
Con sus clavos,
Las palas y picos...
Sus manos
Golpean el quebranto...
Pasan los días,
Las semanas
Y los meses cesantes impávidos...
Contemplo el firmamento
De querubines...
Envejezco tras la cortina
De las épocas
Que se disipan
Con el trabajo
Por los dólares...
Es una lucha internacional...
En las noches de penumbras:
-El hambre muere-

Es sólo un eclipse,
Un sueño
Que no termina...
Es una palabra
Que crece
En el suelo húmedo o reseco
Sin vida...

CANTO III

Surgen en los caminos pedregosos
El cataclismo de un hombre
Que desea esculpir una consonante...
Una oración que se difunde
En esta larga jornada
Acariciado por la mujer que lo acompaña...

Es un Despertar...
El jornalero
Encuentra
El deleite familiar...
Con sus luchas y triunfos...

La mujer despierta

Con el desarrollo

Y la justicia social...

¡Trabajamos!..

Trabajamos

Para dormir en paz...

Conseguimos que una mujer

Luche por un trabajo decente...

Y un hombre

Para no enloquecer...

El médico

Cura pesares...

Esos sinsabores

De las enfermedades

Que escudriñan

Cada órgano...

Que carcomen las entrañas...

Ese facultativo

Vierte sus conocimientos

Para dar salud...

Los medicamentos reposan

En las estanterías de las farmacias...

Viajan con los desvalidos,
Que desgarran sus venas y arterias...
Se inserta en los tejidos y huesos
Que colapsan
Con cada sufrimiento
Entre una odisea...

El bisturí del cirujano abre la piel...
Corta el tejido subcutáneo...
Penetra el músculo hasta lo profundo...
Brotan la sangre
Que impregna las sábanas...
Y con cada lengüetazo del tiempo,
Fluye un nuevo vástago
Ante la faz del ginecoobstetra...

- Pausa-

Suturar las entrañas

-En otro escenario-

Los agricultores

Siembran para cosechar...

Cultivan

Entre la agreste

Tierra negra

Que muchas veces

Son amalgamadas

Para no ser abandonadas...

La naturaleza castiga

Con el sol fulminante...

Agobia al hombre-

Vender para comer...

Otros plasman sus sueños

Con los camiones

Cargados de productos:

Ilusiones que sucumben...

Cada Noche...

Sin luz, sólo sombra...

Meses

Con el olor de frutas y aceites...

En un mercado...

Nadie despierta...

Todos gritan:

¡Coco!..¡Plátanos!..

¡Piña!..

Surgen los cantares...

“Vengan que se acaban”...

Venden sus esfuerzos a otros...

Sus legumbres...

Sus logros...

Sus frutos

Pero señores,

Es un trabajo digno...

-No se descansa-

Con las manos callosas...

A veces ensangrentadas...

Se logra cada día

Una metáfora...

Un plenilunio ancestral

Donde se vierten

Vicisitudes perdidas...

CANTO IV

Noche tras noche

Se vive...

La madre...

Y La puérpera

Despiertan con su hijo en brazos...

Su leche amamanta una esperanza...

Su sonrisa es mariposa furtiva

Que desciende desde el infinito

A las suave textura

De sus labios tímidos...

Ayer...

En esas casas vacías...

Sin agua...

Sin luz...

Sin frutos...

Sin Tierra...

Vi una estufa que callaba...

Sin vianda...

Sin arroz y sin frijoles...

Un hombre con su mujer trabajan...

Buscan el sosiego...

Comparten esa lucha vespertina:

Cada despertar se entierra

En los tuétanos...

Trabajar

Por ese crecimiento económico...

Por su pueblo...

Por su familia...

Por su país...

Por su hogar...

Trabajar decentemente

Es el lema del trabajo...

(Todos luchamos por un devenir)

Todo es un despertar

De brazos extendidos

Ante la humanidad

Que se enfrenta a guerras y odio...

Cada trabajadora,

Llámesese mujer,

Inicia su faena con el sudor auestas...

Cada trabajador, llámesese hombre

Vive donde el desarrollo

Surca la distancia

Entre una juventud

Que madura.

Cuando el sol

Azota al inocente...

Cuando se trabaja

En un mundo de sueños.

Mañana soñaré

Con los niñas larguiruchas

Y los niños con sus caras sucias...

Soñaré con el pobre,

Con la mujer y los hambrientos...

Disertaré ideales

En el sótano del olvido...

Enjuagando

Los trastes

Con las piedras de los ríos...

Buscando un trabajo digno...

Abrazando una dicha un futuro

En unas calles nocturnas y frías de contramuro

O diurnas y calientes...

De buenos y malos...

(Calles estrechas- sin salida-)

De pasiones perdidas...

De tesoros escondidos

En las almas de los niños...

En juegos inciertos

De computadoras ocultas

Entre los dedos...

De pláticas

Y verbos místicos

De besos de mujer...

De sustantivos y adjetivos...

La luna despliega su telar...

Enmaraña

Con su atuendo de luz

El firmamento...

El sol

Extiende su manto reluciente

Vislumbrando

Un atardecer

Que oscurece...

En los barrios y callejones...

Se oculta el trabajo

Como un mar con sus olas,

Abofeteando la pereza

De los hombres inútiles...

El trabajo redime...

Trastoca el tiempo

Que transcurre silencioso...

Siempre callado...

Con un tic tac,

En los relojes

Que no dejan de sonar...

El trabajo

Persiste en las manos hábiles,

En las uñas negras...

Descoloridas...

¡La vida es así!

El viento

Trae una razón del tiempo...

Es como una letanía

Que se estaciona en el alma y en el cuerpo.

¡Es un despertar

De cien años de diálogo social!

CATEGORÍA



POESÍA

CATEGORÍA



DÉCIMA



PRIMER LUGAR

DÉCIMA

JUAN BAUTISTA MADRID MARTÍNEZ

EL TRIUNFO DE UNA QUIMERA

Veraguas



SEGUNDO LUGAR

DÉCIMA

PORFIRIO RICARDO SALAZAR HERNÁNDEZ

O. I. T. : UN SIGLO DE DIÁLOGO FECUNDO

Coclé



TERCER LUGAR

DÉCIMA

JOSÉ DIONES ARAÚZ CABALLERO

OIT: 100 AÑOS CON LA GENTE

Panamá

PRIMER LUGAR

EL TRIUNFO DE UNA QUIMERA

Dijo Jesús con afán
Y de forma contundente
con el sudor de tu frente
habrás de ganarte el pan

I

El hombre es un ser social
que nace sin la virtud
sufriendo la esclavitud
sin empañar su moral;
y capeando el temporal
en el campo lo verán,
como lo comprenderán
llega una organización,
que amarás de corazón
dijo Jesús con afán.

III

Es una organización
de gloria internacional
pero lo fundamental
estará en la convicción;
ya cumplida su misión
con un trato diferente
tiene muy fresca la mente
eres un hombre contento,
que te ganas el sustento
con el sudor de tu frente.

II

El ser humano organizado
tiene mucho que ganar
no te podrán engañar
no podrás ser maltratado;
el hombre bien preparado
debe seguir puntualmente
la organización regente
brindado el apoyo a su gremio,
por lo que obtendrás un premio
y de forma contundente.

IV

Este diálogo social
que en cien años avanzaba
cada vez más se acercaba
a la victoria final;
y de manera especial
los obreros triunfarán
los martirios cesarán
porque ahora, a trabajar,
y si te quieres casar
habrás de ganarte el pan.

SEGUNDO LUGAR

O. I. T. : UN SIGLO DE DIÁLOGO FECUNDO

CIEN AÑOS DE LA VICTORIA

Y EL TRATADO DE VERSALLES,

PAZ Y CONCORDIA EN LAS CALLES

A QUIEN TRABAJA CON GLORIA.

1.

Abajo la esclavitud
y la paga miserable,
quien labora es responsable,
porque el trabajo es virtud.
De la patria, juventud,
cien años con nuestra historia,
recordando, con memoria,
batallas del viejo día,
fruto honrado y alegría:
CIEN AÑOS DE LA VICTORIA.

2.

Quien pensó en desigualdad
no imaginó qué sería
el mundo que revivía
el fruto de la igualdad.
O. I. T.: es la verdad.
empresario no avasalles,
trabajador no desmayes,
adelante sin lamento,
jornaleros de agua y viento.
Y EL TRATADO DE VERSALLES.

3.

Sea el tiempo, lumbre viva,
obrero puente y paloma,
plantas techos en la loma
con tu mano rediviva.
No eres presencia cautiva,
tu voz cala en senda y valles,
sin dolor, lágrima ni ayes,
-libres los mares y el viento-.
Dialogar es el momento:
PAZ Y CONCORDIA EN LAS CALLES.

4.

Con valor y fe valiente
hoy celebramos centuria
de diálogo, sin penuria,
que une a toda la gente.
Aplausos para la mente,
aplausos sin vanagloria,
la explotación es escoria,
¡nunca niños explotados!,
¡nunca talleres cerrados!
A QUIEN TRABAJA CON GLORIA!

TERCER LUGAR

OIT: 100 AÑOS CON LA GENTE

Dijo Jesús con afán
Y de forma contundente
con el sudor de tu frente
habrás de ganarte el pan

---O---

Organismo consultivo
en derechos laborales,
con normativas sociales
del trabajo productivo.
De logro superlativo
con la situación presente
en consenso permanente
de libertad y dignidad,
seguridad e igualdad
en un mundo emergente.

---O---

Celebran el centenario:
gobiernos ,empleadores,
miles de trabajadores,
su nuevo aniversario.
Es su objetivo diario,
bajar la brecha salarial,
toda mejora laboral
en igualdad de género,
procura con gran esmero
la OIT de faz mundial.

---O---

Empleados sin protección,
sin acceso a la salud,
sin créditos ni plenitud,
son dilemas de la nación.
Sube la desocupación
y el empleo informal,
tal escenario nacional
que la OIT concierta,
tripartito y experta,
logra el diálogo social.

---O---

Loor, reconocimiento
a esta organización
que celebra su fundación
con empeño y fomento.
Su misión, este momento:
ver el trabajo decente,
un esfuerzo consecuente
sobre el quehacer mundial
y la concertación global
en cien años con la gente.

CATEGORÍA



DÉCIMA

CATEGORÍA



ESCULTURA



PRIMER LUGAR

ESCULTURA

WILFREDO MARTÍNEZ VÁSQUEZ

UNIDOS LOGRAMOS UN MEJOR FUTURO LABORAL

Panamá



SEGUNDO LUGAR

ESCULTURA

ALVIN RUGIERE CERRUD PERALTA

1RO. DE MAYO

Los Santos



TERCER LUGAR

ESCULTURA

SÉPTIMO VERGARA CASTAÑEDA

FORTALEZA EN EL DIÁLOGO TRIPARTITO

Panamá

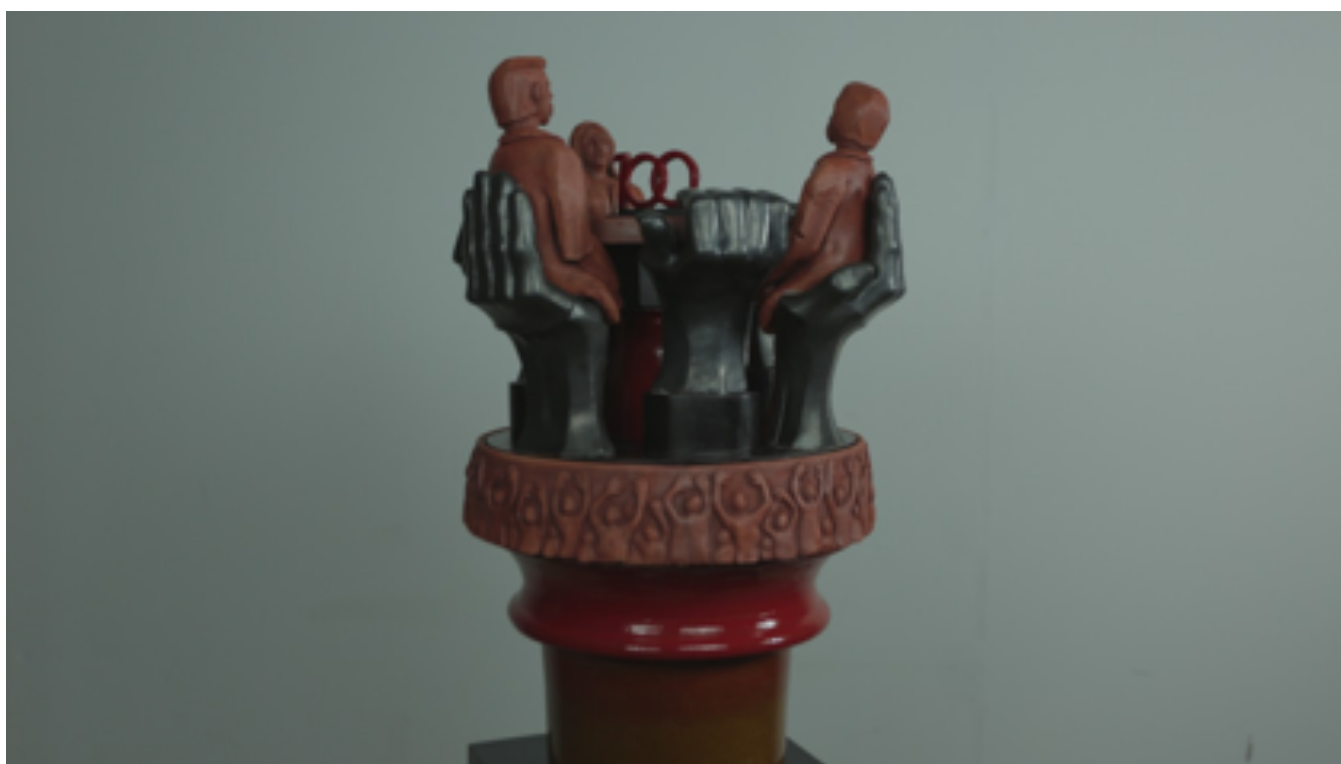
PRIMER LUGAR

UNIDOS LOGRAMOS UN MEJOR FUTURO LABORAL



SEGUNDO LUGAR

1RO. DE MAYO



TERCER LUGAR

FORTALEZA EN EL DIÁLOGO TRIPARTITO

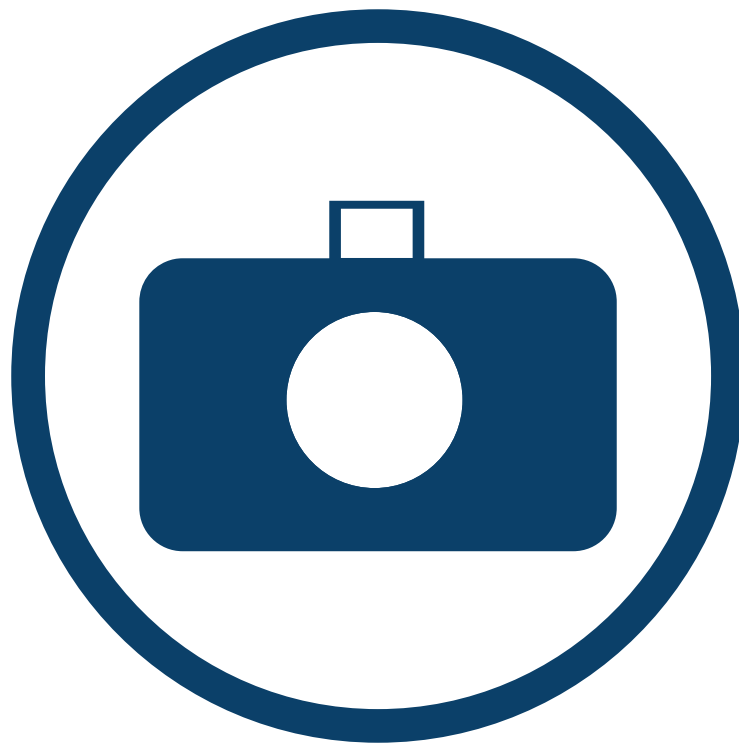


CATEGORÍA



ESCULTURA

CATEGORÍA



FOTOGRAFÍA



PRIMER LUGAR

FOTOGRAFÍA

BIENVENIDO VELASCO BLANCO

EN DEFENSA DE LA PRODUCCIÓN

Panamá



SEGUNDO LUGAR

FOTOGRAFÍA

JOSUE ESTEBAN SANJUR CRUZ

¿QUÉ SERÁ DE NUESTRO FUTURO SIN DIÁLOGO?

Coclé



TERCER LUGAR

FOTOGRAFÍA

ADRIANO DUFF LESLIE

OBREROS UNIDOS POR EL DIÁLOGO

Panamá

PRIMER LUGAR

EN DEFENSA DE LA PRODUCCIÓN



SEGUNDO LUGAR

¿QUÉ SERÁ DE NUESTRO FUTURO SIN DIÁLOGO?

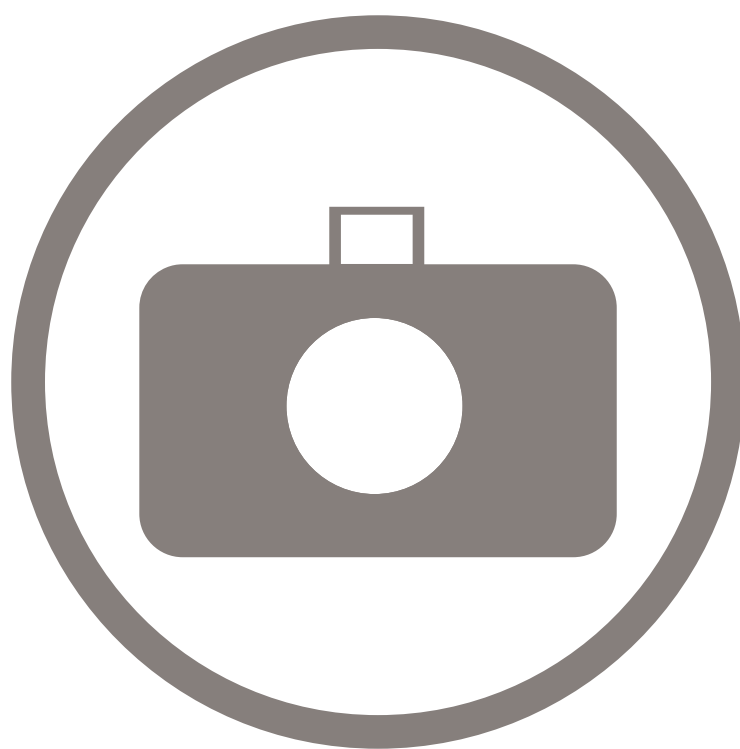


TERCER LUGAR

OBREROS UNIDOS POR EL DIÁLOGO



CATEGORÍA



FOTOGRAFÍA

CATEGORÍA



PINTURA



PRIMER LUGAR
PINTURA
JOSÉ ÁNGEL VALDÉS
RUTA CONCERTACIÓN
Panamá



SEGUNDO LUGAR
PINTURA
VICTOR MANUEL MARTÍNEZ VÁSQUEZ
DIALOGO EN MOVIMIENTO ALREDEDOR DEL MUNDO
Panamá



TERCER LUGAR
PINTURA
MAIKEL ELIECER MENDOZA VILLARREAL
LA HISTORIA DE UNA LUCHA
Panamá

PRIMER LUGAR

RUTA CONCERTACIÓN



SEGUNDO LUGAR

DIÁLOGO EN MOVIMIENTO ALREDEDOR DEL MUNDO



TERCER LUGAR

LA HISTORIA DE UNA LUCHA



CATEGORÍA



PINTURA

CATEGORÍA



CORTOMETRAJE



PRIMER LUGAR

CORTO METRAJE

LESTER ALEXANDER CEDEÑO MORALES

PEQUEÑO GRAN TRABAJO

Panamá Oeste



SEGUNDO LUGAR

CORTO METRAJE

YARARIS IVONNE CRICHLOW

NEW LIFE

Panamá



TERCER LUGAR

CORTO METRAJE

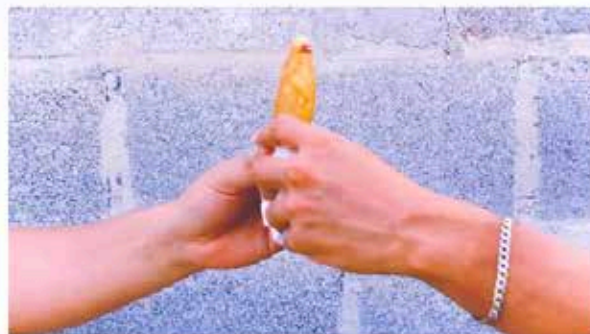
MANUEL CAJAR CRISTY

ENCUENTRO DE PODERES

Panamá

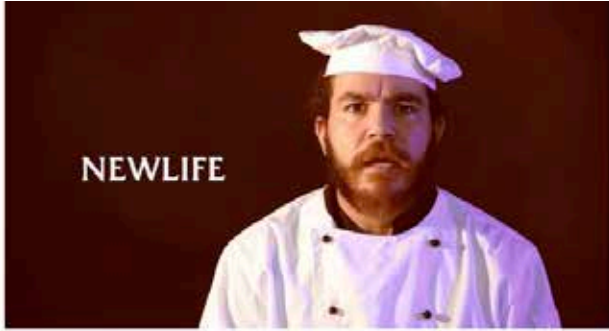
PRIMER LUGAR

PEQUEÑO GRAN TRABAJO



SEGUNDO LUGAR

NEW LIFE



TERCER LUGAR

ENCUENTRO DE PODERES



CATEGORÍA



CORTOMETRAJE

CATEGORÍA



PRENSA
ESCRITA



RIMER LUGAR

PRENSA ESCRITA

JEAN CARLOS DÍAZ LOAIZA

NIÑO: FUTURO DEL MUNDO EN EL TRABAJO

Panamá



SEGUNDO LUGAR

PRENSA ESCRITA

CLARISSA ESTHER CASTILLO PITTI

OIT Y SU DIÁLOGO SOCIAL CON EFECTO REAL EN PANAMÁ

Panamá



TERCER LUGAR

PRENSA ESCRITA

PABLO CASTILLO MIRANDA

OIT 100 AÑOS DE PAZ SOCIAL

Panamá

PRIMER LUGAR

NIÑO: FUTURO DEL MUNDO EN EL TRABAJO

El Estado, la ciudadanía y los actores internacionales deben unir esfuerzos

NIÑO: FUTURO DEL MUNDO EN EL TRABAJO

Según un estudio de la OIT, el 25% de los niños en el mundo trabajan, lo que representa un desafío global para garantizar su futuro.

2.5% de los niños en el mundo trabajan.

26.1% de los niños en el mundo viven en zonas rurales y comarcas.

73.9% de los niños en el mundo viven en zonas urbanas.

23 mil 855 niños en el mundo viven en zonas rurales y comarcas.

12 reportes al mes.

Horas semanales: 48 horas (10 horas), 36 horas (12 horas), 24 horas (16 horas).

Horarios: 40% de los niños trabajan en horarios nocturnos, 30% en horarios matutinos y 30% en horarios vespertinos.

Concentración: 46.8% de los niños trabajan en zonas rurales, 31.4% en zonas urbanas y 22% en zonas metropolitanas.

TRABAJO INFANTIL EN PANAMA

Según el estudio de la OIT, el 25% de los niños en el mundo trabajan, lo que representa un desafío global para garantizar su futuro.

24.8% de los niños en el mundo trabajan en zonas rurales y comarcas.

30.7% de los niños en el mundo trabajan en zonas urbanas.

24.4% de los niños en el mundo trabajan en zonas metropolitanas.

Zonas rurales y comarcas

Según el estudio de la OIT, el 25% de los niños en el mundo trabajan, lo que representa un desafío global para garantizar su futuro.

23 mil 855 niños en el mundo viven en zonas rurales y comarcas.

12 reportes al mes.

Horas semanales: 48 horas (10 horas), 36 horas (12 horas), 24 horas (16 horas).

Horarios: 40% de los niños trabajan en horarios nocturnos, 30% en horarios matutinos y 30% en horarios vespertinos.

Concentración: 46.8% de los niños trabajan en zonas rurales, 31.4% en zonas urbanas y 22% en zonas metropolitanas.

SEGUNDO LUGAR

OIT Y SU DIÁLOGO SOCIAL CON EFECTO REAL EN PANAMÁ

Economía 100 años cumple la OIT y 50 el Milenio, fechas que son celebradas este 2019

OIT y su 'diálogo social' con efecto real en Panamá

En su aniversario 100, la OIT enfatiza la necesidad de un diálogo social real de gobiernos, trabajadores y empleadores para un mejor futuro, a través de un diálogo que sigue cosechando resultados en el país





23.855
El número de trabajadores afiliados a la OIT en Panamá en 2016.

2016
Año de implementación de la OIT en Panamá.

41
El número de empresas que han implementado el diálogo social en Panamá.

62
El número de sindicatos que han implementado el diálogo social en Panamá.

El diálogo social en Panamá
El diálogo social es un proceso que permite a los trabajadores, los empleadores y el gobierno negociar y resolver los problemas laborales de manera pacífica y equitativa. En Panamá, el diálogo social ha sido implementado por la OIT desde 2016, con el objetivo de mejorar las condiciones de trabajo y promover el desarrollo económico.

El diálogo social en Panamá
El diálogo social es un proceso que permite a los trabajadores, los empleadores y el gobierno negociar y resolver los problemas laborales de manera pacífica y equitativa. En Panamá, el diálogo social ha sido implementado por la OIT desde 2016, con el objetivo de mejorar las condiciones de trabajo y promover el desarrollo económico.

TERCER LUGAR

OIT 100 AÑOS DE PAZ SOCIAL



CATEGORÍA



PRENSA
ESCRITA

JURADOS

Género	Jurados 2019		
Décima	Rafael Candanedo	Rafael Peña	Donatilo Ballesteros
Cuento	Lucy Cristina Chau	Linete Lanuza	Klenia Morales
Poesía	Indira Moreno	Leoncio Obando	Esteban Binns
Prensa escrita	Griselda López	Mayella LLOYD	
Artesanía	Migdalia Woo Mojica	Julieta Guadamuz	Máximo Herrera Ballesteros
Escultura	María Gabriela Batista	Robert Summer	Edgar Hernández
Pintura	Miguel Ángel Morales	Arístides Ureña Ramos	Heriberto Valdés
Corto metraje	Carlos Aguilar	Viviano Romero	Aldo Rey Valderrama
Fotografía	Fernando Bocanegra	Federico Galbraith	Rodolfo Aragundi



MINISTERIO DE TRABAJO
Y DESARROLLO LABORAL

MEMORIAL DISCIPLINE ORGANIZATION: A STUDY OF THE